

QUINTA

— sociología —
ciencia — literatura



Sumario

Editorial. — Severino Campos : Preliminares de la emancipación obrera. — J. Muñoz Congost : F. García Lorca y los negros. — Campio Carpio : Nuevos caminos para nuevos fines. — F. Ocaña : Asesinato de Miguel de Unamuno. — M. Celma : Palabras y frases. — V. Muñoz : Enrique Nido y la filosofía del anarquismo. — Eugen Relgis : De mis peregrinaciones europeas. — Miguel Tolocha : El tiempo en fichas. — F. Alvarez Ferreras : Detractores del anarquismo de ayer y de hoy. — Arnold Royer : Páginas de la historia del Proletariado español, 1848-1907, (folletón encuadernable)

190

Septiembre - Octubre 1969

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



Imprenta de Madrid

NUESTRA PORTADA

LOS AMANTES DE VENECIA

NUESTRA portada reproduce un cuadro de Bordone, pintor italiano que floreció en los años 1500-1571. La melancolía en las facciones de la mujer y el hombre nos dicen que estos «Amantes venecianos» no fueron ciertamente felices. El pincel del artista consigue transmitirnos a través del tiempo el mensaje del drama en que debieron desenvolverse sus existencias.

Y la admirable sobriedad y realismo en los detalles demuestran la perfección a que llegó el arte en el Renacimiento italiano.

Se conocen a través del mundo los lienzos de Leonardo de Vinci, de Miguel Angel, de Rafael de Urbino. Pero hay otros genios de la pintura que legaron al género humano obras inmortales.

Entre todos, artistas de todos los países, la humanidad constituye su acerbo común. El tiempo, pasando, destruye fronteras, diferencias, estilos. Y sólo sobrevive, se eterniza, lo que resiste al paso de los años. Las escuelas, los sistemas, las modas, todo se esfuma, quedando sólo, victorioso e intacto, aquello que es realmente digno de sobrevivir.

Este bellissimo cuadro de Bordone consideramos que puede ser incluido en esta categoría de obras inmortales, triunfantes de los siglos.

GENT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Miguel Celma

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esglesas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Ramón Liarte, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

GENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Septiembre - Octubre de 1969

N.º 190

EDITORIAL

Del confusionismo a la moda

ANTES de mayo 1968 habían hecho su aparición en el campo ácrata las extrañas mezcolanzas ideológicas tendentes a poner de acuerdo Marx y Bakunin, agregándoles lo juzgado aprovechable de Lenin, de Che Guevara, de Mao-Tse-tung, de Castro, etc. El descubrimiento del espartaquismo alemán, del pensamiento de Rosa Luxemburgo — sin descubrir, cosa curiosa, al más poderoso pensador alemán de la época; nos referimos a Gustavo Landauer — después de mayo, han acabado de completar el cuadro del «marxismo libertario» a la moda.

Que haya jóvenes que acaban de descubrir al anarquismo, todavía llevando en los labios la leche que mamaron del marxismo, no es de extrañar y es incluso de comprender. Que estos jóvenes, con la cabeza llena de ideas recibidas a través de múltiples lecturas, se sientan por igual seducidos por la dialéctica marxista, en lo que ella tiene de poderosa como crítica de los sistemas económicos, así como por la pujanza del pensamiento revolucionario de Bakunin; que haya jóvenes que, conociendo incompletamente las últimas conclusiones filosóficas de estos y de otros pensadores, que completaron sus doctrinas, puedan creer posible este casamiento, lo comprendemos y lo disculpamos. Seguros estamos de que, cuando profundicen en el estudio y cuando sobre todo tropiecen con las realidades objetivas a que les llevará su aleación imposible, revisarán sus puntos de vista y se darán cuenta de que no es posible reconciliar la libertad con la autoridad, confundir en un solo elemento el agua y el fuego.

Pero que haya compañeros ya maduros, de pensamiento vigoroso y que conocen bien las ideas de Marx y las de Bakunin, las diferencias fundamentales que separan el socialismo autoritario del socialismo libertario y que hoy propaguen un «marxismo libertario», nos parece fuera de lugar.

Tememos que estos compañeros no se dejen llevar por el deseo de estar a la moda, de rendir pleitesía a las corrientes juveniles a que antes nos hemos referido, en lugar de esforzarse por hacerles abrir los ojos y mostrarles que no hay «marxismo libertario» posible, ni con el Marx de 1844, ni con aquél de 1870.

Que es el conjunto de la doctrina, de la concepción del hombre y de sus posibilidades, que es en el enjuiciamiento mismo de la forma de concebir el mundo de hoy, el de ayer y el de mañana, como las diferencias aparecen irreconciliables.

Y si a las concepciones de Marx añadimos las de Lenin y sus exégetas, las aplicaciones prácticas de la teoría por los Maos, Castros, etc., ¿a dónde iremos a parar?

Max Nettlau gustaba de utilizar un término que otros han desprestigiado un tanto, usándolo como sinónimo de otra amalgama más o menos desorientadora: socialismo libertario, en oposición a socialismo autoritario.

¿Por qué aquéllos que no quieren usar la palabra clara y categórica de «anarquismo», no utilizan el término socialismo libertario, que, a lo menos expresa una concepción social y política clara y definida? Socialismo con libertad, en oposición al socialismo sin libertad en que fatalmente desemboca el marxismo... Con Marx y sus discípulos, a los que hoy no hay manera de disociar del maestro.

Preliminares de la emancipación obrera

por Severino CAMPOS

LOS historiadores de los acontecimientos sociales, con rarisimas excepciones, siempre miraron con interesado desdén la participación obrera en las coyunturas decisivas. Arraigados a prejuicios nefastos, defendieron el que la historia la forjan los reyes, papas, príncipes y señores. La finadidad de esa conducta no ha sido otra que neutralizar el despertar emancipador que en los oprimidos se hizo sentir constantemente.

Tuvieron que imponerse los hechos de valor personal para ir rectificando esa concepción. Los elementos de las bajas capas sociales, acreedores en todo momento de los más penosos sacrificios, únicamente ocupaban el teatro de las luchas para permanecer en el anonimato. Rehusaba la plutocracia creer que un proletario pudiera ocupar un cargo de importancia social y desempeñarlo con eficiencia. Al través del tiempo, opuestamente a la opinión de reyes y señores, el obrero ha desmentido todos los supuestos.

No muy distante del menosprecio ostentado por los historiadores se situaron, también, no pocos letrados; éstos, con dotes intelectuales para poder capacitar al proletariado, no quisieron afanarse en tan magnífica obra. Unos y otros, jefes del intelecto, con preferencia a abrir y ampliar brechas de progreso y humanismo, se pronunciaron por obstruir el desarrollo mental de los oprimidos. Este fenómeno, más que en parte alguna se ha dado en España.

Persiste aun esa concepción y táctica de los poderosos. Algo atenuada, desde luego, si tenemos en cuenta lo que fueron tiempos remotos. Todavía continúan con-

fabulados los poderes económicos e intelectuales; ambos, compensándose lo que estiman **servicios de primer orden**, no acceden a la paridad de derechos y trato con la clase trabajadora.

Y sin embargo, otras son las características de las luchas modernas. Si las reminiscencias del pasado se aferran para sobrevivir, el proletariado cuenta con más defensas que antes. Ciertamente que el progreso ha sido más fecundo, pero el bienestar logrado por la clase trabajadora no se debe a la generosidad de sus opresores.

El obrero de hoy no es el sumiso y obediente de cuando los romanos dominaron en Iberia. Desde aquella época a la presente, en las luchas pro emancipación median epopeyas magnificas. Su mentalidad es más amplia y luminosa; sobre los senderos del cosmopolitismo, del internacionalismo, lleva prendida la antorcha para redimir clases y razas.

Quimérico sería pensar que el pasado pudo ser de otro modo a como fue; no evitarán los poderosos lo que el porvenir reserva a la Humanidad. De todos modos cabe reconocer, que en aquellas lontananzas históricas, donde el rigor de la barbarie militar y gubernamental fueron ley única, se anunció la personalidad moral e intelectual que el obrero dispone ya. Obra de estudio, de persistencia, de lucha emancipadora.

No ha podido ser de otro modo. Y en lo sucesivo, para lograr más libertad, mayor bienestar, obligado será continuar con la misma táctica. En la lucha milenaria, al través de la cual hicieron los esclavos infinidad de ensayos para liberarse, nada fue tan eficaz como enfrentarse con

las dificultades directamente. En este sentido quedaron establecidas las pautas; por ellas tendrán que continuar los humanos para aumentar el grado de emancipación.

Lo indiscutible es que la fisiónomia de la Humanidad y de la historia va cambiando. Las contiendas del mundo, y las de España en particular, no siempre son determinadas por las disidencias de un mismo bloque político. Son más profundas las alteraciones que se afrontan; es más amplio y sustancioso el problema que se ventila en suelo español.

Hay un proceso de superación obrera que pudo remontar las grandes dificultades opuestas por los opresores. Es de un valor extraordinario. Si él nos da la medida de lo que ha sido el avance, nos indica también lo que puede ser un próximo porvenir. A pocas personas de las que se preocupan por la suerte de la Humanidad se le escapa esa perspectiva; contados serán quienes, por esos motivos, no se sientan estimulados.

Frente a las fuerzas opresoras, el proletariado no ha tenido oportunidad de demostrar su capacidad constructiva. Los imperativos planteados por la reacción han obligado a hacer de todo lo accesible a la clase obrera instrumentos de combate. Y no está concluso ese ciclo; en la medida que se vaya reduciendo ese batallar, esa guerra social, las energías y la inteligencia obrera se incorporarán a las tareas de edificación social.

No seríamos justos si omitiéramos algunos ensayos habidos de carácter constructivo. Mucho valdría la pena dedicarles recuerdos y comentarios exclusivos. Los pasaremos por alto, porque otra es

la tarea que nos hemos propuesto. Quede patente, de todos modos, que el proletariado tiene en su favor testimonios históricos que acreditan su capacidad y su bondad.

Realmente, en España, ¿es acreedor el obrero de un complejo de inferioridad en relación con el de otros países? La contestación: no puede quedar exenta de examen; hay que buscar la respuesta en la ejecutoria obrera pro emancipación de los oprimidos. Para tales efectos, en estos momentos, las personas estudiosas disponen de acervo inagotable de datos; y éstos, esgrimidos con honradez, con espíritu justiciero, resumer conclusiones opuestas a las que han prevalecido por influencias dogmáticas e interesadas.

Son varios los factores que concurrieron para el enaltecimiento de la personalidad de los explotados. Los más importantes, por sus más y mejores resultados, fueron la cultura y la rebelión. Siempre que ambos sincronizaron su acción, con el punto de mira que los ideales de libertad fijan a priori, los trabajadores dieron muestras de saber organizar la vida mejor que sus tutores estatales.

Los vaticinios del océano gubernamental neutralizan y anulan la vitalidad sugerente del individuo. Puede decirse, hablando en términos justos, que a las prerrogativas estatales no interesa que en el obrero fecunden ideas e iniciativas. En ese exponente de la vida humana se arrullan realidades y afanes de autoridad; el fin de ambos es absorber al hombre, no dejar que en él florezca y se embellezca el pensamiento y los sentimientos.

En ninguna época, ni en ningún sentido, ante probables superaciones de la vida colectiva, la clase trabajadora española rehuyó participar en los acontecimientos que las circunstancias depararon. Ha hecho más, mucho más. Acuciada por imperiosas necesidades, que abarcaban desde el hombre al indispensable progreso social, más que otros pueblos fomentó sediciones para facilitar cambios hacia estructuras de vida más justa.

Los afanes del obrero, en sus movimientos orgánicos, en España, pocas veces dejaron de inspirarse en conquistas de bienestar general. En todas las subversiones que tiene en su haber histórico pueden comprobarse las huellas de esa virtud. Cabe decir que la intuición, en momentos supremos que requerían agilidad, dio soluciones que mejor habría podido darlas la inteligencia bien cultivada. No obstante, las buenas intenciones, los buenos fines, impresos quedaron como exponente de valor colectivo.

Las apariencias de inferioridad, que por no estudiadas y profundizadas, algún día se admitieron como reales fenómenos de clase, quedaron sin validez. A más de lo arbitrario que resultaba el argumento, en aquellos casos que quede comprobado el bajo nivel intelectual del obrero, conviene que esa situación se origine en la conducta de los gobiernos. No solamente porque éstos no tributan elementos de cultivo al proletariado, sino porque consideran que una de sus elementales misiones es perpetuar a la Humanidad dividida en clases.

Jamás hubo un gobierno que plazara al obrero en vías de su propia emancipación; todas las tareas culturales que los gobernantes afrontan tienen su punto de referencia en la defensa de las instituciones que representan. De acuerdo con quienes ejercen la explotación, cualquiera que sea la autoridad se erige en custodio del *statu quo*.

Toda acción que roce los fundamentos de la sociedad vigente supone alteración del orden estatal burgués. Y antes de llegar a ese extremo, la tarea de los gobiernos consiste en imponer a los desheredados los indispensables sacrificios. Uno de los más interesantes, para esa finalidad, es escatimar la cultura al pueblo, limitar su conocimiento.

Es por iniciativa propia que las gentes humildes descubrieron los métodos de su defensa; a sí mismo se deben su elevación y su personalidad. Lo que ellos no puedan hacer para ampliar su libertad, y desarrollar su capacidad intelectual, no lo tendrán de

los sectores dedicados a la explotación y a los ejercicios de gobierno. Será verdad eterna aquello de que «la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos».

En la libertad humana se halla la potencia creadora de los hombres y de los pueblos; al través de ese venturoso ejercicio es como la Humanidad se supera y fortalece su existencia. Por consiguiente, uno de los objetivos primordiales de la lucha obrera deberá consistir en ampliar las libertades del individuo.

Si hoy vemos a los desheredados más fuertes que antes, desde el punto de vista personal y colectivo, es porque son más cultos, más conscientes. Todo nos indica que, si los senderos de la libertad son los conducentes a la máxima felicidad humana, la cultura es la dinámica que transporta a los pueblos hacia metas superiores.

Aunque otras razones se esgriman, nunca serán los mandatarios quienes brinden medios de liberación humana. Todo lo que para ese sentido existe está acaparado **para utilidad de clase superior**. El proletariado solo hará suyos esos medios con la práctica de luchas conscientes y bien organizadas. El combate es la forja de las realidades que exaltan la vida; ningún avance social está exento de ese fragor humano.

¿Por qué postulados combatir? ¿Cuáles son las necesidades primordiales? De los medios obreros se eleva el clamor imperioso: ¡Emancipación! Si, emancipación, que quiere decir amplio y libre ejercicio cultural, teniendo en cuenta, que para satisfacer ese noble deseo, ha de arriesgarse lo más preciado de la vida. A ese precio paga su manumisión el proletariado.

«A este desgaste de la población, se junta el hecho de haberse dificultado a los hijos de las familias pobres, de unos años acá, el acceso a las funciones públicas, ya por el encarecimiento de la vida, de matriculas, de grados y de libros; ya por el empeño de los poderosos, de colocar a sus hijos, parientes y deudos, sirvar o no, en los más elevados

puestos; ya, en fin, por sobreponerse de ordinario el mezquino afecto de familia o de amistad al mérito y al derecho.

«Por todas estas razones, el círculo de la población en que se efectúa la selección para las funciones directivas se va ensanchando, a consecuencia de lo cual es mayor cada día el número de talentos que se desaprovechan por falta de cultivo, mayor el de medianías que invaden nuestras Universidades y asaltan los cargos públicos, más bajo, de una generación a otra, el nivel mental y moral de las clases directoras» (1).

La tónica de los juicios precedentes nada tiene de altisonante; es serena y bien razonada; se limita, por vías objetivas, a revelar la práctica de los gobiernos para con los obreros. Dificultar la incorporación del proletariado en los campos de cultivo intelectual significa, que con los pocos conocimientos que poseen los económicamente privilegiados, tengan bajo su control la dirección social.

El sentido de lo que expresan los dos párrafos intercalados es de mérito singular. Siendo un catedrático de Sociología de la Universidad Central quien así razona, no puede decirse son sentimientos de clase los que se ponen en circulación. Sin que por ello sean más verídicos que si los dijera un proletario, el alcance de esos pensamientos es de tal amplitud que supera toda condición de clase.

Ya en nuestro haber esos conocimientos, podemos decir tene-

mos bajo nuestro control, mentalmente, todos los elementos primordiales para encauzar la emancipación de la clase obrera. Las energías más provechosas que los trabajadores consuman serán las que a esa finalidad dediquen. Es el problema de mayor envergadura que la Humanidad tiene planteado; mientras no se resuelva, imposible será la normalidad que desde todos los credos se dice desear.

En cualquier tipo de sociedad, el trabajador es la médula del progreso que vaya lográndose. Es esencial que el obrero tenga conciencia de ello; y esa virtud, que tratan de contrarrestar los interesados de la explotación del hombre por el hombre, tiene su perspectiva de prosperidad en los amplios márgenes que cuenta la cultura.

Vista la evolución humana a nivel de conclusiones científicas, los ciclos más lozanos y bonancibles fueron aquellos que el autoritarismo dispuso de menor grado de potencia. Lucían en esas circunstancias las sugerencias del elemento productor, las prácticas libres del sabio, los ensayos del artista, responsabilizados en tareas de su competencia, por lo que quedó plenamente demostrado es funesta la intromisión centralista del Estado.

«La obra de paz universal y de la dulcificación de las asperezas nacionalistas, que tanto dividen a los hombres, solo puede cumplirse a la larga por la influencia de dos grandes colectividades, cada una de las cuales tiene su esfera propia de acción: La masa de los trabajadores manuales y

la de los obreros de la inteligencia» (2).

También el autor del pensamiento que acabamos de citar era catedrático, español, y exiliado del país por la represión franquista. Esa conjugación de los valores sociales que se alude, es la que reputamos básica e ineludible para cubrir los objetivos de paz y prosperidad. Mientras los manantiales de cultura sean solo accesibles a las castas de privilegio económico, los deseos de armonía humana no pasarán de inspiración benefactora. Lo positivo, ese resultado que tanto ha diferenciado las recientes generaciones de las remotas, es obra de las voluntades consagradas a la labor perenne, atendiendo al proletariado en sus múltiples necesidades.

De esa base humana que llamamos «clase obrera», cuya ejecutoria en las lides de emancipación se manifiesta impertérrita, afluyen cada vez más elementos a las áreas de más importancia social. Es una de las muchas pruebas evidentes de que en el obrero, ese hombre que por su condición de clase se le creyó eternamente destinado a labores ordinarias, hay una potente reserva intelectual, que espera su cultivo para que en la Humanidad florezcan útiles y encantadoras realidades de usufructo común.

(1) Manuel Sales Ferré, «Problemas Sociales», pág. 81-82.

(2) Rafael Altamira, «Cuestiones Modernas de Historia», pág. 181.

LA TIRANIA

Venga de un solo individuo, venga de una colectividad, la tiranía es tiranía.

Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma.

A ciertos felinos no se les arranca la presa sin arrancarles los dientes.

Todo gobierno es malo y toda ley entraña tiranía.

GONZALEZ PRADA

La rebelión
y el poeta

F. García Lorca y los negros

por José Muñoz Congost

Preguntábanme y preguntáanse a veces algunos de nuestros amigos, cuando de la poesía española se habla, la razón de nuestra adhesión y cariño, a la obra literaria del poeta granadino.

NO por ser el cantor de una España gitana, que se limitara a cantarla. Algunos de los comentaristas de su obra, nos dicen, que lo fue más, de la España castiza y yendo más allá, de la sangre mora de nuestra España.

No buscó Federico en las esencias de su arte, ni resurrección, ni desempolvar de folklores y tradiciones. Menos aún, motivo colorido y sin fondo, en el que volcar la exuberancia de un alma entregada a la belleza.

Su poesía llevaba un sentimiento. Lo que cantó en sus estrofas llegó siempre adentro porque venían de adentro de un alma atormentada por la rebelión y la protesta, la no integración con lo corriente, lo diario.

Su obra, fue brotar, proyectarse de luz multicolor con rutilantes destellos en el gris y triste paisaje integrado de viciados ambientes sociales, que presidía y preside algo falso, inhumano.

Cual gema brillando por sus múltiples facetas, encontrada en magma de color indefinible, sin forma, consistencia ni perfiles propios, así destacó su expresión poética. Ese sentir del artista, esa convicción de todo su ser y de toda su vida, fue su muerte. Porque la proyección del mismo que nunca ocultara, le hizo caer, víctima, entre millares de víctimas, atravesado por las balas que comenzaron en 1936, a barrer, vengativas, las libertades españolas.

El «Romance de la Guardia Civil Española», fue algo más que la estampa de dolor de un pueblo cualquiera, arrasado por las fuerzas del orden. Proyectaba, más amplio en la idea, cual anticipación de verdades irrefrenables, la imagen de nuestro pueblo que había de ver sus ansias de vida y libertad, arrolladas por la violencia de una fuerza brutal que simbolizó en los negros tricornos de la autoidad tradicional.

«La ciudad libre del miedo
multiplicaba sus puertas
.....
Cuando llegaba la noche,
noche que noche nochera,

los gitanos en sus fraguas
forjaban soles y flechas...»

Es el paisaje de una España que quiere vivir, sin más, en contraste con la tragedia de la otra España, negra de sombras, que solo sabe de autoridad, de fuerza, y de sangre, encubriendo privilegios.

«Tienen, por eso no lloran
de plomo las calaveras.
Jorobados y nocturnos
por donde animan ordenan
silencios de goma oscura
y miedos de fina arena.
.....
un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras

Es la muerte que se entra por la ciudad que no les quiere y que les teme.

«cuarenta guardias civiles
entran a saco por ella»

Es el silencio del pueblo aplastado, es la paz y el silencio de los que ya no son.

«la guardia civil se aleja
por un tunel de silencio
mientras las llamas te cercan»

El grito de todo un pueblo, vencido años más tarde por coalición de fuerzas, con cerebros llenos de extrañas y turbias ambiciones, dio a las líneas del romance que precediera a la tragedia, un halo de premonición.

Porque sintió siempre el poeta, una identificación completa por la causa desesperada de los que sufren.

«Yo creo — dijo — que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos: del gitano, del negro, del judío, del morisco que todos llevamos dentro»...

Y no había de tardar en demostrarlo al identificarse con el sufrir dramático de los hombres de color en América del Norte, a su paso por aquellas tierras en 1929. Comprendió allí, el valor y el alcance de una tragedia humana que lejos de atenuarse, perduraba, perdura y se crece contra todas promesas de progreso.

«Es preciso cruzar los puentes
y llegar al rubor negro
para que el perfume del pulmón
nos golpee las sienes con su vestido
de caliente piña...»

Para vivir esa «diferencia», ese clasismo, esa segregación, como la que viven los negros de los Estados Unidos, para sentir agarrarse a las entrañas el odio que muerde con rabia, contra la injusticia que quiere ser norma, hay que penetrarse del alma de la víctima. Yo creo que ese «poeta español en Nueva York» lo hizo.

«¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem!
No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra
a tu gran rey prisionero con traje de conserje...»

No se perdió el hombre en la vorágine tormentosa de la ciudad monstruosa que era Nueva York, ya entonces, ni se dejó arrastrar por la exaltación de una vida que presidida por la estatua de la libertad, encubría en los pliegues de su amplio manto, abusos, crímenes, engaños, con tintes de social convivencia.

Y escapando de esa estampa del pueblo yanky, amenazado de mecanización, de metalización, de egoísmo, cantó la protesta airada del «desclasado», del colocado al margen de la ley, realmente, sin estarlo oficialmente. El alma del negro poseído que clama en su desesperación:

«Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente
a todos los amigos de la manzana y de la avena»

Ansias de un pueblo que quiere subir, subir, subir, recuperando una dignidad que es suya y que los siglos y otros hombres blancos le robaron. Que la sociedad blanca, instituida, sacramentada, existente, no quiere devolverle sino disminuida, roída, minúscula, y miga a miga...

Deseo irrefrenable de romper las cadenas de la humillación, de dejar para siempre ese camino aparte que es huida permanente, constante ocultarse.

«Hay que huír
huír por las esquinas y encerrarse
en los últimos pisos...»

Rabia incontenible de sentirse frenado, detenido, encerrado «fuera» del conjunto, limitado por un muro que les separa de otros hombres con una misma alma y color de piel distinto. Muro que le quita algo, que le arrebató la razón de su propio ser. Muro de la segregación de entonces, de hoy, recio, firme, defendido, sostenido, por el pasado que no renuncia.

«A la izquierda, a la derecha,
por el Sur y por el Norte
se levanta el muro imposible

para el topo, la aguja del agua.
No busques, negro, su grieta
para hallar la máscara infinita.»

Retratar en los albores del combate, los preliminares del incendio que iba a crecer más ardoroso y más vivo en la conciencia de un pueblo, cual rosa de pasión de una raza escarnecida.

«Ay Harlem disfrazada
Ay Harlem amenazada por un gentío de trajes sin
[cabeza
me llega tu rumor atravesando troncos y ascensores
a través de lágrimas grises...»

Convencido de su verdad, compenetrado con su misión poética, Quijote de todos los tiempos y de todos los lugares, su visión del pueblo de color, importado para la esclavitud y por la fuerza, proyecta imágenes de un volumen insospechado para la tragedia que el porvenir acrecentó.

Víctor de la Serna, al referirse a este aspecto de la obra de Federico, en Cuba, después de su paso por la metrópoli gigante americana, y comentando una conferencia de éste, evoca:

«Dos barcos hacia el Oeste navegan a poblar un país. Uno que tiene nombre «poetiquísimo» Flor de Mayo, ha levantado anclas en un puerto en paralelo 52 al Norte. Polders de un verde lavado, vaquitas preciosas como porcelanas, aspás achicadoras. A bordo, muchas biblias luteranas, hipocresía y remilgo cubriendo la verdadera mercancía: ambición y codicia.

»El otro barco no tiene nombre ni bandera. Navega en corso con una tripulación de fortuna, sin rol ni patente. Arbola aparejo de bergantín, sobre rojos mastiles de pino. Ha levantado anclas 52 grados al sur, de una playa bárbara con un nombre portugués o español. Puede que el capitán lleve una biblia luterana también en el cuarto de derrota y lee salmos mientras gime en los tambuches la negrada que cazaron en la selva...»

Y sacando de la obra maestra del poeta la conclusión de la estampa histórica, del brusco y permanente encuentro entre dos fermentos de un pueblo partido en dos..., traslada esa visión de ayer a la de ese hoy de su evocación que sigue siendo inmutable a pesar de los años:

«Los nietos de la carga negra del barco sin nombre, sin pabellón, sin rol, ni patente, tienen reyes también. Reyes de sangre de reyes. Ahora son como antes: esclavos de los hombres blancos...»

En su interpretación, en esa impersonal y cruda escenificación de una realidad triste y gris, fuera de toda concepción que se limitase a tiempo o lugar, retrata con perfiles bien trazados y precisos la línea de vida de la raza importada: el sufrimiento.

Dolor de alma y dolor del cuerpo, herida de la humillación y herida que deja la bala, la porra o el puño de acero del blanco represivo, daño que no se esfuma y que sigue y que dura y se extiende.

«El verdadero dolor que mantiene despiertas las cosas una pequeña quemadura infinita [sas en los ojos inocentes de otros sistemas...»

Flagelación permanente de un pueblo que había de hinchar en las llagas de las pieles oscuras hasta romper, engendrando los sufrimientos, la rebelión, abriendo surcos en las calles para llenarlos de sangre colorada de protesta y de la otra colorada del color de la piel del que oprime.

«Negros, negros, negros, negros, la sangre no tiene puertas en la noche boca arriba No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pie-
[les

sangre que busca por mil caminos enharinadas y ceniza de nardo
sangre que busca por mil caminos enharinados hecha de espartos oprimidos, néctares de subterrá-
[neos

Sangre que oxida el alisio descuidado en una huella Es la sangre que viene, que vendrá por los tejados y azoteas de todas partes para quemar la clorofilia de las mujeres rubias para gemir al pie de las camas ante el insomnio de los lavabos y estallarse en una aurora de tabaco y bajo amarillo...»

Veía el hombre, cuyo corazón palpitaba con ritmos poéticos, esa violencia y esa sangre. Convenido de que no podía hacerse responsable de ella, a los descendientes de esclavos. Porque ningún pueblo en sí, es violento. Porque su brutalidad, el estallido de ésta, se le había impuesto como respuesta a la mayor brutalidad de las barreras de alambradas punzantes, hirientes de desprecio y apartamiento, entre las que se les encerraba. Entre las que aún se les encierra.

El hombre es bueno y toda esencia de pretendida superioridad sobre otros, pocos o muchos es mala, violenta, áspera, mancillante y fuente de desequilibrio violento. La bondad golpeada se revuelve digna contra el arma de la coacción y de la amenaza que crea clase y casta.

Se dirá después que ese pueblo bueno no lo era. Que ese pueblo rebelde era salvaje. Y no era verdad, como no lo es hoy.

«Y sin embargo lo verdaderamente salvaje y frenético de Nueva York no es Harlem. Hay vaho humano y gritos infantiles y hay hogares y hay hierbas y hay dolor que tiene consuelo y herida que tiene dulce vendaje...»

Fue, según sus mismas impresiones, el choque con esa misma estampa absurda que no quiere ni puede ser humana, un ramalazo de luz nueva y de razón de decir lo que no se decía nunca a la luz del sol.

Encuentro violento entre la leyenda y la vida.

Dos concepciones, dos ideas, cara a cara, frente a frente. La primera cercando en dominio lo que debió ser hermandad, en injusta y dolorosa reclusión

de inferioridades, impidiendo a un apogeo, eclosión íntegra de sus posibilidades.

La segunda, reducida para manifestarse a explosión de grito sincero, hondo, grande, enorme, del poeta, que no puede comprender la sinrazón de la brutalidad suprallegal que impone la perduración de la leyenda y del abuso secular.

«Mi mundo poético y el mundo poético de Nueva York y en medio de los dos, los pueblos tristes de Africa y sus alrededores, perdidos en Norteamérica: los judíos, los sirios y los negros. ¡Sobre todo los negros! Con su tristeza se han hecho el eje espiritual de aquella América...»

Desnudar la leyenda, mostrarla a la luz de todos. Proyectar con fulgores de verdad al pueblo escarnecido, entre otros pueblos escarnecidos, en la foresta salvaje de los rascacielos neoyorkinos.

Levantar el velo de una pretendida fraternidad de razas donde los muros prohíben toda simbiosis. Donde puede más el orgullo que la necesidad, y el miedo, que el deseo de saltar por encima de esos muros.

«En Nueva York se dan cita las razas de toda la Tierra; pero chinos, armenios, rusos, alemanes, siguen siendo extranjeros. Todos, menos los negros. Es indudable que ellos ejercen enorme influencia en Norteamérica y pese a quien pese son lo más espiritual y lo más delicado de aquel mundo...»

«Negros. Ni Bronx, ni Brooklyn. No los americanos rubios. Norma estética y paraíso azul no era lo que tenía delante de los ojos. Lo que yo miraba y paseaba, y soñaba era el gran barrio de Harlem, la ciudad negra más importante del mundo, donde lo más lúbrico tiene un acento de inocencia que lo hace perturbador y religioso. Recelo, recelo negro por todas partes...»

Había que hablar de la miseria bajo un cielo falso. Y cantar el arte donde estaba el arte y el chirriar de las máquinas donde máquinas había y dejar el sucio ruido del contar de los billetes, a los Bancos entre verjas.

Insomnio permanente de una irrealidad que golpea las sienas como martillo pilón, que hunde en la inconsciencia del bruto.

«No duerme nadie en el cielo. Nadie. Nadie. No duerme nadie

Pero si alguien cierra los ojos
«¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!
Hay un panorama de ojos abiertos
y amargas llagas encendidas.
No duerme nadie en el mundo. Nadie. Nadie.
Ya lo he dicho

No duerme nadie
Pero si alguien tiene por la noche
exceso de musgo en las sienas
abrid los escotillones para que vea bajo la luna
las copas falsas, el veneno y la calavera de los tea-
[tros...»

¿Cómo no admirar así, la obra del poeta que no solo se negó a cooperar con lo ordinario, lo de todos los días, sino que frente a esa posición de acomodamiento, a esa existencia de otra poesía vacía con aspecto exaltante por la forma, decía: «Cuando la poesía se llena de trompetas y colgaduras se convierte, de academia en casa de trato...»

El, como otros de su generación, marcan un paso en la defensa de la imaginación frente al uniformismo de cuartel. Imaginación que es hoy, muchos años más tarde, estandarte permanente de la rebeldía de generaciones nuevas.

En «Rosita la Soltera», pone en boca de uno de sus personajes «La Tierra es un planeta mediocre». Y él, quiso escapar de esa mediocridad pobre de los sometidos.

Y surge en su obra la canción y el salmo que arranca la máscara de deslucidas realidades, liberando del carro gregario de todas las mediocridades, las ilusiones del hombre, de los hombres que luchan, en silencio o no, por un brotar de despertares.

Pudo el poeta de Fuente Vaqueros, escribir tan solo el poema de la raza negra en América la Yankee. Pero llevaba en sí, en lo profundo de su alma entregada a la poesía, esa comunión con la causa de los débiles, que renunciaba a iluminar con tonos dulzones los aguafuertes del dolor. A entonar laudativos claudicantes o marciales himnos a la vergüenza que era y es la política de «redib» que con el negro se realizaba. Y dio con el poema de su paso por aquellos cielos, un abrazo muy grande al pueblo africano desterrado, al identificarse con ese sentimiento de no ser como otros son, que se cultiva eterno en los nietos de los nietos de los esclavos.

«Y subrayar el dolor que tienen los negros de ser negros en un mundo contrario. Esclavos de todos los inventos del hombre blanco y de todas sus máquinas, con el perpetuo susto de que se les olvide un día de encender la estufa de gas...»

Poema negro en tierra yankee, que es clamor de rebeldía. Deslumbre de martirio a lo largo de sus versos que protestan. Es la libre imaginación frente al freno organizado desde todos los horizontes.

Es uno de los aspectos del encuentro entre dos maneras, entre dos actitudes. Una que continúa desde ayer, otra que desde ayer se empeña en salir a la superficie llevando lo bueno del hombre, ahogado por tradiciones y dogmas.

Desde el ya citado «Romance de la Guardia Civil española»:

«Pero la Guardia Civil
avanza sembrando hogueras
donde joven y desnuda
la imaginación se quema»

hasta esa evocadora «Danza de la muerte»,

«El mascarón hallará entre columnas de sangre y
[de números

entre huracanes de oro y gemidos de obreros para-
[dos
que aullarán noche oscura por tu tiempo sin luces.»

pasando por ese «Grito hacia Roma» donde estalla
en burbujas multicolores el odio y la vindicación

«mujeres ahogadas en aceites minerales, en la noche
la muchedumbre del martillo, del violín o de nube
ha de gritar aunque se estrellen los sesos en el muro
...
ha de gritar con voz tan desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música
porque queremos el pan nuestro de cada día
flor de alisio y perenne ternura desgarrada
porque queremos que se cumpla la voluntad de la
que da sus frutos para todos...» [Tierra

Símbolo del mundo engañoso de paz. Esparciendo
una falsa publicidad de corrompidos colores brillantes:
América del Norte. Eldorado de ilusiones para emigrantes o aspirantes a ello, bajo su pretendida prosperidad, se batan las cartas de sucia baraja.

Era preciso, urgentemente preciso, rabiosamente preciso, denunciar esa corrupción de blanco vestida. Y su obra rebosa, para el enamorado de la verdad, de denunciadas mentiras encubiertas, de centelleantes trallazos a la barbarie oficial, legal, costumbrista, aceptada por la común y voluntaria servidumbre de los más.

Vicente Aleixandre decía de él en 1937, después de su muerte: «Su corazón era como pocos, apasionado y una capacidad de amor y sufrimiento ennoblecía cada vez más aquella noble frente... Y sufrió por amor...»

Por amor a los perseguidos murió, acribillado por el plomo que odia al amor porque el amor es libertad. Y al caer...

«Yo se que mi perfil será tranquilo
en el musgo de un norte sin reflejos
mercurio de vigilia, casto espejo
donde se quiebra el pulso de mi estilo

...
Y aunque nunca tendrá sabor de llama
mi lengua de palomas ateridas
sino desierto de gusto de retamas
libre signo de normas oprimidas
seré en el cuerpo de la yerta rama
y el sinfín de dalias doloridas...»

El poeta de los gitanos, de los negros, de todos los oprimidos, apasionado y triste en su constatación de la tristeza viviente de un mundo dominado, nos dice aún, terminando una de sus obras teatrales,

«Yo soy la libertad porque el amor lo quiso
¡Pedro! la libertad por la cual me dejaste
Yo soy la libertad herida por los hombres
Amor, amor, amor y eternas soledades...»

Nuevos caminos para nuevos fines

por CAMPIO CARPIO

EL problema grave de las clases, que se ubican en el mismo plano de inferioridad intelectual, resultando difícil su emancipación. La nueva democracia se esfuerza en promover un movimiento cultural que por igual redima tanto al hijo de potentado o burgués cuyos padres disponen de dinero, mas no se preocupan de emancipación, como al hijo de proletario que, tiene que ganar el sustento en tareas que absorben su tiempo y le agotan para que permanezca en la ignorancia.

Ambos constituyen dos elementos negativos e inservibles en la sociedad contemporánea por ausencia de conocimientos culturales, técnicos y científicos siquiera en el grado de un bachillerato que los habilite para defenderse en este mundo geográfico, económico, altamente científico y humanitario sobre todo.

La clase pudiente está divorciada de los problemas graves y de su pueblo. Sus padres han cometido la torpeza de hacerlo instruir en institutos no oficiales para evitar contaminarse con la baja democracia y la revolucionaria que imparten las casas de estudios en nuestros días. Conceptúan que es peligroso escuchar los sermones de profesores que hablan de ideas en un lenguaje extraño y discurren sobre absurdas cuestiones donde se involucran teorías del más avanzado socialismo. A eso no puede degradarse ningún hijo de un hacendado, industrial y comerciante que domina grandes extensiones de campo con miles de cabezas de ganado, factorías

industriales a las que están sometidos miles de hombres, o comerciantes con emporios de mercado que ocupan un primer lugar destacado en la vida del país.

Interpretan descender a ese plano, impartiendo a su hijo una educación humanista en institutos degradados y en contacto con la plebe corrosiva es lo mismo que asociarse en el primer sindicato masoquista, tomar el balde, la brocha y la escalera e ir a pegar carteles, anunciando la revolución social degolladora de todo titere con cabeza. Así, opta por inscribirlo en institutos de eficiencia conservadora o clerical, donde se le instruye a medida como el estudiante retrógrado sin obstáculos para sus compromisos sociales.

Este deficiente adiestramiento preparatorio rige, en otro sector social de menor ascendiente, incluyendo a gerentes, administradores, ministros y demás. La carrera para los descendientes va asociada al medio social. En el deseo de encontrar una carrera liberal que le independice del odiado salario fijo, se piensa en hacerle estudiar en institutos militares o de la armada, y cuando es más recalciante la presión familiar, en seminarios religiosos. Se argumenta que, sin graves riesgos, el militar en cualquier arma, hace carrera a corto plazo, percibiendo elevadas remuneraciones, da lustre y empaque al nombre y gravedad al porte. Cuando se trata de eclesiásticos, se añade que por alguna razón será que no se ven clérigos famélicos y no se les co-

noce otra profesión ni función específica.

La disciplina dogmática y totalitaria a que es sometido el estudiante, en ambos casos, es nefasta y corrosiva. La doctrina de clase superior que se les imparte, les forma una conciencia belicosa, despreciativa hacia el mundo exterior. La Sociedad es una factoría particular. Como no tienen enemigos contra los que pelear, se las toman contra los pacíficos ciudadanos que trabajan para los impuestos con los cuales se pagan los sueldos a esos servidores. Se les impregna de una superioridad sobre el ciudadano común, creando un mito en torno a las glorias militares, las armas y las leyes, la familia, la patria. Los seminaristas, amasijados en ese mismo disciplinario campo de concentración, desconocen intelectualmente hasta los vínculos que estrecha una sociedad de personas organizadas.

Una clase pudiente, donde abundan medios para el estudio, el conocimiento, la dirección de los destinos humanos y la mejor aplicación, se genera ausente de su medio individual, desinteresándose de la vida comunitaria. No hablamos ya del hombre de escasos recursos, cuyo hijo llegó al mundo por accidente, se crió en un medio hacinado y educó en forma desordenada, sin método, a ratos perdidos porque otras preocupaciones materiales impedirían que lo hiciera normalmente. Al hombre generado en este hábito bien o mal orientado, la sociedad moderna le

F. García Lorca y los negros

Y Federico fue, vengan a decir lo que dijeran algunos de sus mentores de hoy, quizá miembros o consejeros ayer del pelotón que le fusilara, canción de protesta, defensa del perseguido, grito y clamor de dignidad, que alzó barricadas de razón y de amor, frente a todos los falsos ambientes, frente a todo lo corriente y vulgar, a todo lo sometido, a

todo lo emplazado dentro de la común servidumbre de su siglo.

Por eso su poesía llega al alma. Por eso, no es para recital de salón, delante de decorados ficticios, con rigidez de etiqueta, ni rumbos de espectacular ringo rango, sino para los grandes espacios que tanto amara, sin murallas ni barreras donde se pueda cantar a la vida y se pueda, clamando a la verdad, a través de sus versos, alzar los espíritus al amor, a la libertad.

está diciendo que solamente mediante una abierta lucha permanente de defensa puede mantener el salario, discutir mejoras y disfrutarlas. Porque el patrón, empresario, en su clásica táctica hereditaria ciegamente repite, que los males de su negocio son culpa del obrero que grita, reclama y paraliza la producción. Repite por hábito las mismas palabras que sus abuelos hace un siglo. Para él todo el problema mundial está concentrado en su negocio. La sociedad y el mundo giran por su negocio.

No se comprende, el proletario podría ser el gran conglomerado que maneja la producción y la administración. ¿Por qué no la distribuye también? Los millones a disposición del empresario son una parte de su trabajo. Sin la contribución del trabajo embrutecedor del asalariado que nunca ha reclamado sino una pequeña parte de lo que ha creado, no existiría patrón, ni hacendado, ni militar, ni el eclesiástico. Si el proletariado tuviera una conciencia formada de sus aspiraciones, nadie puede impedirle que se haga cargo de la administración gubernativa si considera hallarse capacitado para impartir justicia más equitativa. Si posee la fuerza organizada disciplinariamente, solo falta su voluntad para completar la obra.

La ausencia de valores morales invalidan una generación en competencia progresista. La falta de destreza intelectual para abrir nuevos caminos, anula hasta la aventura técnico-científica que podría avanzar velozmente con solo proponérselo. La audacia queda frenada por la abundancia del dinero en algunos casos y la ausencia de dichos medios. Por eso anula los esfuerzos del progreso: en ambos casos responde a la misma causa. La falta de intervención di-

recta en los negocios de la comunidad humana.

Como se observa, la cultura occidental está en decadencia, ante el oleaje de tales principios bárbaros. Esa incultura, aun sin la presencia de la bomba de hidrógeno, seguida de la segunda gran guerra, nos ha puesto sobre la fragua de los horrores. El pillaje, la deportación en masa, la masacre de inocentes, el bombardeo de buques de enfermos y niños, de ciudades abiertas son producto nefasto de esa educación. La muerte por simple cumplimiento de la ley biológica, que rige los acontecimientos del mundo animal y vegetal, es muy distinta al concepto filosófico que en los últimos siglos nos presentó esta breve historia criminal y asaltante de la humanidad. Los inventos introducidos por la revolución científica han transformado la faz de la naturaleza y de la sociedad humana; en los cinco continentes, los pueblos son plasmados por las influencias niveladoras de la tecnología.

La crisis que azota al mundo moderno en este período de postguerra, no es solamente económico, sino que comprende el futuro de nuestra cultura y el destino de la humanidad. «No es probable que el movimiento actual de rápidos cambios sociales disminuya en grado su ritmo, sino más bien que lo acelere». El impacto de dos guerras mundiales en una misma generación del siglo XX y el desarrollo de ideologías totalitarias han cambiado la estructura de la sociedad y presentan un plan apretado de combate, porque la naturaleza de las ideologías invocadas tiene leyes rígidas.

Es una verdad irrefutable que el hombre, como sustancia histórica, está agotando el combustible de su cultura para prevalecer como protagonista de la vida humana.

Si no acierta a armonizar sus problemas, encontrándole soluciones equitativas, por ingenio creador, se mecaniza y mercantiliza, sin avanzar en la carrera social, estará perdido.

Los inventos y descubrimientos representan esfuerzo de voluntad y sacrificio común. Es necesario que contribuyan a superar los obstáculos que dividen al hombre en clases, que presenten un choque de culturas arrojadas al fuego. Creador de sus propios bienes, el hombre ha de triunfar sobre los obstáculos, no como animal rapaz, sino como representante ético, técnico en una sociedad que se desenvuelve entre estructuras tambaleantes, que reclaman un cambio vertiginoso.

Se abre un nuevo siglo con responsabilidades muy grandes, que rompe cadenas, entorchoca intereses y desencadena fenómenos que recobran entre sí prolongados efectos. Medio siglo de guerras y revoluciones en el ámbito terrestre, dicen mucho más que victorias y derrotas. El derrumbe de imperios y surgimiento de tres colosales potencias en el mundo hablan un lenguaje que antes no lo habíamos escuchado.

La revolución industrial, con los progresos materiales — alimentado por el núcleo joven y germen activo del idealismo — está cambiando la esencia de la fisonomía del mundo. Desde el concepto de la propiedad que ha de desarrollar función social hasta las religiones, todo ha de ponerse al servicio del hombre. En el campo de las ideas sociales, «desarticulado y tironeado por dos bandos en lucha desesperada» han de dermirse esta contienda de muchedumbres de explotadores y explotados. El abismo entre lo que se denomina capital y trabajo tiene que ser superado por una sociedad organizada sin puntos vulnerables.

EL PUEBLO

Hay que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento y de su miseria; nunca se verificó excelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto.

El pueblo no raciocina mucho: levanta el cadalso, y en vez de refutar al adversario, le suprime.

GONZALEZ PRADA

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,
«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Conclusión)

El Estado llamado entonces nacional-sindicalista pretendía que el proceso sólo tuviera lugar si Miguel de Unamuno prometía retractarse, a la vista de todo el mundo, ante el tribunal militar inquisitorial fasciofranquista que lo enjuiciaría, como obligaron a Galileo a que lo hiciera en Roma, frente a sus inquisidores, contra la verdad, negándola, aunque por cierto instante, para no perecer en la hoguera. Por ser Unamuno vasco pretendieron creyera

cuanto el joven escultor, nacido en la misma región, le escribía al dictado, sobre atrocidades que, decíale, se cometían en la zona antifranquista o que, al menos simulara que daba por ciertos sus informes y le sirvieran de pretexto para tomar partido por el franquismo, más o menos abiertamente. Pero el ex rector salmantino no se prestó a hacer abdicación de su individualidad humanizada y humanizante, de su personalidad, ni a dar, un segundo de tiempo siquiera, la razón al Movimiento Nacional de enemigos de la España del Quijote.

Lo universal unamuniano frente a la hispanidad medieval

«Mis enemigos saben bien que no persigo componendas ni arreglo alguno sino justicia; saben bien que hay por lo menos uno que no se conformará con lo de borrón y cuenta nueva.» — Miguel de Unamuno.

Las cualidades de universalidad que caracterizan al ex rector de la Universidad de Salamanca y que, al fin de sus días, acabaron constituyendo su excelsa entidad humana, insobornable e indomable, le hicieron escribir, lo que sigue. Con diáfana claridad de hombre evolucionado y rotunda franqueza de vasco que a pensar y a dudar invita a todos sus semejantes: «Rebasemos la patria chica, chica siempre, para agrandar la grande y empujarla a la máxima, a la gran patria humana.»

Con estas palabras Miguel de Unamuno concreta su universalismo humanizado. Y como gran admirador de la idea federalista de Pi y Margall en su amor a toda la humanidad incluye, claro está, a sus congéneres nacidos en Madrid, en Vasconia y en Cataluña, en Galicia y en Andalucía, en Aragón y en Valencia, es decir, en todas las regiones de la España del Quijote que defendiendo la libertad tan cerca de su gran corazón están; del corazón que puso al descubierto, enteramente, desde el 12 de octubre de 1936.

Es evidente que Unamuno rechaza los estrechos y míseros conceptos políticos regionalistas o nacionalistas por brillante que sea la literatura con la que los expongan, ante el gran público, los sátrapas en ejercicio, los tiranos en potencia — no importa con qué nombre o con qué color político-religioso se presenten —, que ambicionan los lugares autoritarios que aquéllos ocupan, y los literatos de oficio, sin pizca de ética, sin escrúpulos, al servicio de los primeros o de los segundos, que es lo mismo.

Por consiguiente, en el pensar y en el sentir unamuniano expuestos, abogando por la gran patria humana, por el bien del género humano todo, no puede encontrar defensa o adhesión sujeto — o partido político — alguna que ambicione el poder, el partidario del principio de autoridad — negación del principio de libertad —, del anquilosador centralismo autoritario; del «¡a callar y a obedecer mis órdenes todos los gobernados!», del ordeno y mando que ejerce o sueña ejercer en su patria chica, al menos, en la región que vio la luz primera, en vez que lo ejerza otro sujeto autoritario cualquiera nacido en otra región hispana de habla distinta.

Muy acertado estuvo al respecto, a nuestro entender, el querido y malogrado Angel Samblancat, uno de los más dignos e insignes escritores de España, cuando en una carta — respondiendo a otra misiva del que escribe — fechada en 1947, dice: «Mi criterio sobre los irredentismos debes conocerlo: Las llamadas nacionalidades me inspiran respeto y cariño cuando representan culturas, que han enriquecido con letras y con artes el tesoro espiritual de la humanidad. Absolutamente nada más me interesan esos movimientos que piden muchas veces libertad con un espíritu más estrecho — caso Irlanda — que el de sus tiranos. Por otra parte, todos los centros de descontento contra los imperialismos intercontinentales e interoceánicos se han de regar y fosfatar abundantemente.»

El criterio de Angel Samblancat sobre las nacio-

nalidades y el antiimperialismo fue sostenido por Unamuno aunque no con la claridad, la perseverancia y la pasión humanista del primero que en el mismo año 1947 afirmó que «fuera del anarquismo sólo se palpa el vacío.»

No obstante la opinión del ex rector salmantino comprendía al sentido mismo elevado que debía darse — según él — a la hispanidad totalmente opuesto al que el Estado nazifranquista quiso y sigue queriendo imponer en España y en todos los países iberoamericanos con sus legiones de ensotados, al menos, al no serle posible, en el presente, invadirlos y someterlos con fuerzas armadas como en la Edad Media.

Del Instituto de Cultura Hispánica es director, como todo el mundo sabe, Gregorio Marañón, que así logra ser el primer intelectual vigilante de la «kultura» de la anti-España. Es evidente que no puede hacer otra cosa: esforzarse por conservarla a gusto de Franco, su señor amo, y de la Iglesia católica, apostólica y romano-fascista. Sin embargo, en 1940, otros sujetos peores que Marañón fueron los que constituyeron el llamado entonces Consejo de la Hispanidad. Al constituirlo afirmaron que dependería del ministerio de Estado, pero para ser más exactos decimos que, en realidad, quedó en manos de falangistas y de militares de la peor especie.

El precitado Consejo de Hispanidad lo encabezó, como «intelectual de más relieve», en el seno del mismo, José María Areilza de Rosas, que escribió con tono y fondo agresivo mussoliniano: «Tenemos voluntad de imperio. Afirmando que la plenitud histórica de España es el imperio.»

Este mismo José María, considerado uno de los más antiguos y aprovechados discípulos del llamado «Ausente» — José Antonio —, coautor de la «Segunda Carta básica» de Falange, haciéndose eco del sentir y del pensar del régimen franquista, completando el precitado pensamiento — de algún modo hay que llamarlo — en las «Revindicaciones de España» proclamó las pretensiones y ambiciones imperialistas de dicho Estado medieval diciendo entre otras cosas: «España es la cabeza y la columna vertebral del mundo hispano diseminado por todo el mundo.»

Los seguidores del extinto José Antonio, fundador de Falange, pretendieron con éste — y siguen pretendiendo en el presente — presentar como «novedosas» u originales, propias, como geniales, en fin, las palabras, lemas, concepciones y actitudes políticas calcadas, servil y desvergonzadamente, de las que fabricó, expresó y mantuvo hasta su última hora en Italia, el fundador del fascismo: Benito Mussolini.

Este dictador, gesticulando como un energúmeno, vociferó miles de veces varios años antes que José Antonio y sus secuaces: «La cultura fascista la llevaremos hacia otros países que históricamente nos corresponden. Tenemos voluntad de Imperio.» Pero en territorio italiano imperó la voluntad popular, antidictatorial, que terminó con el fascismo y abatió al mismo dictador como abatirá en su suelo español al nazifasciofalangefranquismo.

Con la complicidad de la Iglesia que los bendecía

y alentaba a iniciar otra Santa Cruzada por todo el mundo, como la que llevaron a cabo en suelo africano e hispano desde el mes de julio de 1936, los falangistas y demás franquistas gritaban también, desaforadamente, como los fascistas en Italia: «Tenemos voluntad de imperio cuya cabeza es España.»

Sin embargo, hipócritas, taimados y cobardes los organizadores y representantes del Consejo de Hispanidad afirmaban que éste no constituiría una amenaza para los países iberoamericanos. Pero al pronunciarse de este modo sin nadie preguntarles qué se proponían con aquél, proyectaban, de manera clara, que su intención era aviesa y criminal: atentar contra la independencia política y económica de los precitados países americanos. Más todavía: tenerlos totalmente bajo la férula del régimen vaticanofranquista.

¿En qué fecha pensaban los franquistas comenzar sus acciones imperialistas por el continente americano? El mismo día de ser derrotados los Estados llamados democráticos en la Segunda Guerra internacional.

Desde que fue constituido el Consejo de Hispanidad, en 1940, repetimos, hasta casi al final de dicho conflicto bélico en 1945, los franquistas estuvieron creyendo segura la victoria de los ejércitos hitlerianos.

Los implantadores y sostenedores, en España, del entonces llamado Estado nacional-sindicalista, encabezado por Falange, con el apoyo de las triunfantes fuerzas hitlerianas-fascistas dominando al mundo todo, ambicionaban alargar, por segunda vez, pero más larga y ampliamente que hace siglos, en tiempos de H. Cortés, los férreos tentáculos opresores y explotadores, imperialistas, militares-católicos, hacia todos los pueblos de habla castellana de América.

Fácil es probarlo. ¿Constituyeron tal Consejo de Hispanidad con las individualidades humanas representativas de los más altos valores de la cultura hispana que ha alcanzado la universalidad? ¡Quíá! Fue formado con la analfabeta falangista Pilar Primo de Rivera — todo odio y sed de sangre de mujeres y de hombres de pensar y de sentir libres — con José María A. M. de Rojas, Eduardo Aunós, en aquel tiempo ministro de Justicia de Franco — ajusticiando, sin juicio, a los más sabios, justos y buenos varones que vieron la luz en España —, Pemartín, Ramón Serrano Suñer, el cuñadísimo, y el general Millán Astray, jefe del Tercio, asesino, por naturaleza e instrucción militarista, predilecto de Franco. Este en Astray, degollador de marroquíes rebeldes y de idealistas españoles, más confiaba la Defensa de la Hispanidad que planeaban imponerla en tierras americanas cercenando asimismo las más nobles e ilustradas cabezas de los hombres que las pueblan.

Es la verdad cabal, entera: de haber triunfado el nazismo en 1945, Franco-Astray con otros generalotes y curas trabucaires — sin ningún Bartolomé de las Casas — habrían capitaneado ejércitos hispanos y africanos, embarcados a las buenas o a las malas, prestándose a ser los nuevos encomenderos de todos los pueblos iberoamericanos al servicio incon-

dicional del victorioso Hitler. Si, por todos los ámbitos del continente americano, en los de habla castellana, en particular, se habrían oído los mismos rugidos bestiales que Millán Astray lanzó contra Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca: «¡Muera la inteligencia!», «¡Abajo la cultura!», «¡Viva la muerte!»

El imperialismo medieval o «kultura» nazifasciofalangefranquista, inquisitorial, de violencia autoritaria total — que, con características distintas, sin fundamentales diferencias, hoy aplican los dictadores rusos y el Tío Sam —, por única razón, se habrán extendido, sin lugar a dudas, a sangre, hierro y fuego de norte a sur y de este a oeste de América y a otras regiones del planeta Tierra, dando a besar la cruz a los sacrificados, con mayor brutalidad y crueldad que H. Cortés la extendió por México.

Desde la tribuna de este Ateneo del Estado de Morelos creemos ser los primeros en exponer, frente al mundo, lo que ha de hacer reflexionar hasta a las personas más nacionalistas o amantes, siquiera, de la independencia política de México, donde nacieron, de este hermoso país que permitió — aunque el régimen estatal imperante en el mismo por ley de biología política evolucionará en sentido dictatorial — la entrada a los refugiados españoles que nos enorgullecemos de serlo y de haber combatido contra las fuerzas de la anti-España: que tales objetivos imperialistas pretendía el régimen franquista alcanzar con el Consejo de Hispanidad como lo prueba la clase de sujetos que eligieron para formarlos sin pizca de categoría científica y menos de calidad cultural humanista, de buen saber.

El pensar y el sentir unamuniano se oponía y sigue oponiéndose a la Hispanidad que los Franco-Astray querían imponer, con la bendición de la Iglesia, movilizando armas, cruces e hisopos para aniquilar a la intelectualidad progresiva y esclavizar, más largo tiempo, a los pueblos americanos de habla castellana.

Desde julio de 1936 la concepción de Miguel de Unamuno al respecto se había ampliado y hecho más profunda, más universalista. Pero no teniendo a mano los textos del mismo que lo prueban transcribimos lo que este célebre escritor y filósofo — pese a Ramón J. Sender, que dice que lo es — dijo en 1927 sobre lo que denominó «Imperialismo cultural hispanoamericano», que opuso al imperialismo frailuno y oligárquico, retrógado e inhumano, propio del tiempo de Felipe II, partiendo de Madrid hacia todas las latitudes del globo terráqueo.

En efecto, tres años antes del derrumbamiento de la dictadura de Primo de Rivera — 1927-1930 — Miguel de Unamuno ya replicó a los defensores de la anti-España, que decían «tener voluntad de imperio, y que la plenitud de España es el imperio.»

«Quiero especificar — dice Unamuno — que hay un imperialismo cultural hispanoamericano. Pero no de España sino de todos los pueblos de lenguas hispánicas, ibéricas: un imperialismo de todos los que pensamos y sentimos en las lenguas de Cervantes, Camoens y de Raimundo Lulio. Y la madre

patria es la madre espiritual común, un alma y no un territorio; una historia y no un código común. Y por lo que hace a nosotros los españoles, una lengua común, la lengua en que alguna vez pensaron y sintieron los portugueses Gil Vicente, Camoens, Manuel de Melo, el catalán Pau Claris, la que usó contra el intruso Habsburgo el indio místico Benito Juárez, y el que dio a la eternidad su último canto el indio tagalo José Rizal; la lengua en que nos dejó su alta doctrina de civilidad el nobilísimo Pi y Margall. Este es nuestro imperialismo.»

Además, contestando a los sujetos de todas las ideas que querían disminuirlo restando valor a sus conceptos diciendo que Miguel de Unamuno había hecho ciertas duras críticas contra la Monarquía y la dictadura de Primo de Rivera para vengar agravios personales», gritó indignado.

«Imperialismo... sí, pero el del espíritu y la conciencia y la justicia. Defendí, sí, un pleito personal de nuestra España universal y eterna, el pleito personal del imperialismo cultural hispánico.»

Por otra parte, en el mes de marzo de 1927, en Hendaya, Miguel de Unamuno manifestó lo siguiente:

«Ya a nadie que sepa vivir en la historia se le ocurre preguntar qué es lo que busco con mi obra en ella. Mis enemigos, por su parte, saben bien que no persigo componenda ni arreglo alguno, sino justicia; saben bien que hay al menos uno que no se conformará con lo de borrón y cuenta nueva. Hay otros pobres cuitadillos que no logran darse cuenta — vayan dándosela, añadimos nosotros hoy, los críticos gratuitos, los detractores del ex rector salmantino y cuantos sujetos se esfuerzan por mantener cerrados los ojos del entendimiento — del alud de pasión que pongo en esta obra de justificación y de ajusticiamiento y se me vienen con el miserable estribillo de que se debía desdenar a los que suponen que los ataco por vengar agravios personales. Y hablan del desdén del silencio. Pero si es que hubo desdenoso fue mi maestro: El Dante. Y El Dante no calló su desdén. El Dante supo insultar.»

Nada de «borrón y cuenta nueva», como tantos políticos y traidores de todas las clases, que se llamaron antifranquistas pretenden se haga en España por la cuenta que a algunos les tiene ya, y otros esperan les tenga. Esta solución significaría la capitulación — que no ocurrirá — del pueblo español, del gran Quijote ante la anti-España.

Pide Unamuno, como nosotros, los libertarios, obra de justificación de la justicia y ajusticiamiento por lo que empezó a ocurrir en la España del Quijote en 1923, que duró hasta el año de 1930 y ha seguido dañándonos a la mayoría de los españoles.

Si en la tercera década del siglo XX así pensaba Unamuno, si «a ninguna componenda ni arreglo se prestaba», con la llamada «blanda» dictadura del general Primo de Rivera gritando fuerte y claramente, que sólo perseguía justicia, imaginen todos

los españoles avisados y las mujeres y los hombres evolucionados de todo el mundo cómo siguió tratando a la liberticida y genocida dictadura del Estado nazifranquista desde antes, durante y después del 18 de julio de 1936: con más desdén que El Dante mismo, justificándolo, sobradamente, como lo hemos leído en la carta que dirigió al escritor vasco y pidiendo a los hispanos amantes de la libertad, de todas las regiones de España, que no cesen de luchar, en la medida de sus posibilidades, hasta ajusticiar a tan bárbaro Estado.

Si el ex rector de la Universidad de Salamanca pudiera hoy levantar la cabeza no repetiría que «al menos uno» — él — rechaza cerrar este capítulo de la historia de España con «borrón y cuenta nueva».

Al observar que somos miles y más miles cada día los obreros y los universitarios que luchamos en el frente interior y en la barricada ética e intelectual del exterior contra el régimen que representa Franco — ombre que ni h minúscula merece llevar por su obrar irracional — Miguel de Unamuno diría, lo más, ser uno entre los muchos individuos humanos de la España del Quijote que no aceptan cometer la precitada indignidad, tal monstruosidad: pasar por alto los horrores que desencadenó y continúa desencadenando el fasciofrankismo en España.

«Borrón y cuenta nueva». Aquí nada ha pasado. Miserables quienes así hablen.

Mucho ha pasado y está pasando la España del Quijote, la tan amada, por Miguel de Unamuno, a la que ofrendó su propia vida. Y en el peor de los casos saben bien los enemigos de este ex rector, que lo son nuestros también, es decir, enemigos del pueblo español, que la libertaria Confederación Nacional del Trabajo de España, la F. A. I. y las Juventudes Libertarias, todos los libertarios, en fin, que no claudicamos; jamás admitiremos componendas ni arreglo alguno con los representantes de la anti-España.

Frente al imperialismo de la uniformidad letal, de la intolerancia por sistema contra todas las ideas y las psicologías opuestas a la del régimen franquista, Miguel de Unamuno aboga porque impere el universalismo con las lenguas de todos los pueblos ibéricos.

Imperio natural de la razón y el derecho, de la justicia social, basada en la equidad y de todos los valores superiores éticos, estéticos e intelectuales, válidos para nuestra especie, en general, que puedan exteriorizarse y defenderse, sin cortapisas — teórica y hasta prácticamente experimentando, sin perjudicar a un tercero — con las palabras habladas y escritas que eleven la dignidad y la calidad humanas del hombre y el concepto de la hispanidad hasta la más alta cima de la universalidad humanizada.

He aquí dos concepciones antagónicas, irreconciliables, de imperialismo o de tener o no derecho de imperar entre los seres humanos sin posibilidad alguna de acercamiento, de componenda ni arreglo

alguno — como dice Unamuno — entre ambas. Sólo pueden enfrentarse y chocar, permanentemente, como ocurre, desde milenios, con más o menos consciencia y conciencia social en los pueblos del orbe: desde que un hombre astuto por la fuerza y con engaños, empezó a dominar y explotar a otro hombre.

Es indudable que Miguel de Unamuno se acercaba, sin confesarlo, más y más a las concepciones libertarias, antipolíticas, antiestatales, antiautoritarias. Y por lo tanto, iba siendo, simultáneamente, más y más odiado a muerte por los sujetos de la anti-España.

No es por casualidad que al referirse Unamuno al imperialismo cultural de todos los que bien pensamos y sentimos en lenguas ibéricas, y mencionar a algunos hombres que las usaron para defender causas nobles, deja a Pi y Margall en último lugar como si fuera lo más hondo de su propio sentir y pensar y quisiera acabar sintetizando lo más valioso que puede expresar con la lengua de Cervantes el hombre que evoluciona hacia más amplios horizontes de sociabilidad, teniendo que ir eliminando los injustos, inicuos y anquilosadores sistemas de centralización autoritaria.

Ciertamente, hablando de Pi y Margall, al que trata de «nobilísimo y que nos dejó su alta doctrina de civilidad», Miguel de Unamuno se proyecta psíquica y mentalmente. Afirma, una vez más, categóricamente, ser antiestatal, opuesto cien por cien, al estatismo, al centralismo autoritario.

«Estoy a matar con los programas políticos», proclamó, rotundamente, Miguel de Unamuno. Consideramos que estas palabras suyas y otras que hemos transcrito, y muchas más que dejaremos de transcribir, reflejan su verdadero espíritu rebelde, libertario, anárquico, por mucho que duela a los escritores hispanos y a los políticos republicanos y marxistas de todas las clases de la misma nacionalidad que tienen por objetivo político único, coincidente, lo que llaman ideal que no lo es para España ni para la humanidad toda o bien no pasa de ser miserable ambición política: la conquista del poder.

El ex rector salmantino, al hacer manifestaciones antiestatales, aunque esporádicas, y estar a matar con los programas, fue más allá del federalismo político de Pi y Margall. Este, en concreto, se manifestó contra el centralismo absolutista del Estado español y en pro de permitir el desarrollo de las nacionalidades ibéricas dentro de una constitución estatal basada en un sistema federal.

Los sentimientos y pensamientos antiautoritarios y de solidaridad con la España del Quijote expuestos por Miguel de Unamuno, que hemos transcrito, hoy más que ayer y mañana más que en el presente — pleno de errores y de horrores engendrados por los sistemas autoritarios — son los que tienen y seguirán teniendo vigencia universal, valor ético e intelectual para todos los tiempos.

Floreal Ocaña

socialdemócratas evolucionaron al revés, pues la interpretación económica del comunismo es un progreso, ya que en la situación actual de la industria ramificada, del maquinismo y de la división del trabajo es imposible determinar exactamente la parte de trabajo de cada uno para hablar del producto íntegro del trabajo. Pero indudablemente la condición básica del comunismo libertario es una rica y abundante producción, que se hará siempre más y más posible por la evolución de los instrumentos de trabajo.

Pero los comunistas libertarios, como los colectivistas, defendían como fundamento de la futura organización los grupos de oficio, es decir, los sindicatos.

Al mismo tiempo que el congreso de Sevilla de 1882 fue celebrado el congreso especial de la Unión de Trabajadores del Campo de España, en el que estuvieron representadas 105 secciones con 20.916 miembros. El espíritu de esa Unión, que estaba igualmente adherida a la Federación Regional, era declaradamente anarquista, sindical, mejor, sindicalista (bien que colectivista). En el protocolo que publicó después este congreso se lee literalmente en el último capítulo.

«Una organización obrera puede componerse únicamente de sindicatos, pues en los grupos profesionales se encuentra poca diferencia intelectual entre los miembros, lo que hace imposible que algunos ejerzan un influjo demasiado grande. La igualdad, del trabajo, del salario, de la lucha común que se afirma en la huelga es el lazo más positivo que nos une. Pero la organización obrera no se limita a la consecución de un salario más alto y una jornada más corta por medio de la huelga; pues su objetivo final debe ser la elevación del proletariado como tal y la realización de una sociedad de productores libres en la cual cada uno recibe el producto de su trabajo.» Estas son cosas que no quedan en segundo lugar ante lo que dicen los sindicalistas actuales.

..

En la España meridional no hay campesinos ni aldeas propiamente dichas. La región pertenece a algunos ricos latifundistas y es trabajada por jornaleros que viven en pequeñas ciudades. El alcalde de esas pequeñas ciudades campesinas es también a menudo un jornalero. Van por la mañana al trabajo con su blusa azul, como los demás trabajadores, de los que se distinguen sólo por el salario insignificante. No reciben más de 50 a 60, a lo sumo 75 céntimos diarios.

Esto nos explica por qué hubo en Andalucía desde hace tiempo un movimiento sindical y anarquista tan fuerte entre los campesinos. El hecho es que en esa época — 1881, 1882 y

en 1870; después **La Emancipación**, en 1871, en cuya redacción tomó parte también Pablo Iglesias, que junto con Anselmo Lorenzo era miembro del Consejo Nacional de la Federación española y anarquista bakuninista. En la declaración del primer número de esos periódicos se dice: «En religión propagamos el ateísmo, en política la anarquía, en economía el colectivismo». En el primer número de **La Emancipación**, órgano de la Internacional, se escribió en un artículo, en donde se polemizaba contra el discurso del diputado internacionalista Lostau, que presentaba las comunas libres y autónomas como el objetivo de la Internacional: «Puesto que la administración comunal es también un estado político de la localidad... reconocemos como organización exclusivamente la unión libre de las libres asociaciones de trabajadores industriales y del campo».

La evolución de la Internacional en España bajo el influjo de las ideas de Bakunin, era naturalmente para Marx y el Consejo General de la Internacional de Londres una pesadilla, y por eso envió Marx a su yerno Lafargue a España hacia fines de 1871.

Lafargue presenció el 7 de enero de 1872 la asamblea general de la Federación Madrileña de la Internacional (que entonces tenía 2.000 miembros), supo acercarse inmediatamente a los redactores de **La Emancipación**, de la que se hizo constante colaborador (11). Ganó pronto a los redactores a sus opiniones, entre ellos a Pablo Iglesias. **La Emancipación** comenzó a atacar luego los principios de la Alianza y a la Internacional española, propagando el marxismo, por lo cual la Federación Madrileña opuso a **La Emancipación** un nuevo periódico secreto: **El Condenado** (12).

Lafargue se engañó en su presunción de que podría desviar hacia el marxismo también al movimiento con los redactores del periódico. El resultado fue sólo que la Federación Madrileña excluyó sólo a los redactores de **La Emancipación** y a Pablo Iglesias con ellos de la Internacional; con la justa fundamentación de que desde la conversión defendían ideas que chocaban con los principios de la Internacional española (13).

En el congreso anual de la Federación Española, que se realizó en abril (1872) en Zaragoza, se procedió a una especie de acuerdo (14), a causa de lo cual retiró su exclusión la Federación Madrileña. En ese congreso fue ensanchada también parcialmente por el influjo de Lafargue, la violencia del Consejo General. Pero la elección del Consejo Federal no se hizo según los consejos de Lafargue, pues comenzó de inmediato a intrigar en contra desde **La Emancipación**, a denunciar a los miembros del Consejo Federal como pertenecientes a una Alianza secreta y a defender invariablemente

al Consejo general de Londres. La lucha comenzó de nuevo, por cuya causa Lafargue y sus adeptos fueron definitivamente excluidos de la Internacional, por resolución de la asamblea general de la Federación Madrileña, el 9 de julio de 1872 (15). Entonces Lafargue, Iglesias y otros siete fundaron la **Nueva Federación Madrileña** de la Internacional, que en total se componía de 9 hombres (contra más de 3.000 que constituían la verdadera Federación Madrileña), pero su notificación al Consejo Federal no fue aceptada, es decir, no fueron ya más aceptados en la Internacional (16).

Lafargue se quejó a su suegro Marx; el Consejo general reconoció naturalmente esa «nueva federación» y desde entonces la califica Engels de «verdadera Internacional», mientras que toda la Internacional española, con sus 60.000 miembros, se convirtió según su modo de ver en una falsa Internacional (Véase: **Bakunisten und der Arbeit**, (El Trabajo de los bakunistas, en **Internationales aus dem Volkstaadt**), (**La Internacional** y el Estado popular). Engels escribió como miembro corresponsal del Consejo general una carta al Consejo Federal español, en la que exigía bajo todas las amenazas posibles, ni más ni menos que la notificación a vuelta de correo de los nombres de todos los miembros de la Alianza secreta y de sus funciones en la Internacional (17). El Consejo Federal español contestó que no pensaba prestar servicios policiales (18). Después de eso **La Emancipación**, redactada por Lafargue y Pablo Iglesias publicó en su número del 18 de julio de 1872 todos los nombres de la Alianza secreta que le eran entonces conocidos (19). Este fue el glorioso comienzo de la social-democracia en España. Desde entonces no ha sido nunca infiel a sus «sublimos principios», como todavía hemos de ver más adelante.

Mientras tanto se realizó en septiembre del mismo año el famoso congreso de La Haya (20), donde los manejos de Marx motivaron la exclusión de Bakunin, de James Guillaume y de toda la Alianza ginebrina, y el reconocimiento de la Nueva Federación Madrileña, así como la declaración oficial de que la clase obrera tenía que organizarse en partidos políticos y tomar parte en la acción política. El congreso convocado después por los antiautoritarios (bakunistas) de Saint-Imier (21) creó un pacto libre de las federaciones de la Internacional, en aquellos países en que se defendía el punto de vista antiautoritario, y se declaró contra toda participación política de la clase obrera, porque la misión de los trabajadores era destruir todo poder político. Luego tuvo lugar en diciembre de 1872 el tercer congreso de la Internacional española en Córdoba, donde estaba representada la gran mayoría de las secciones españolas. Allí fueron **unánimemente** rechazadas todas las resoluciones del congreso de

Générale du Travail (27) francesa: la sección o sociedad de resistencia correspondía al sindicato; la federación local a la **Bourse du Travail**, la Unión a la federación nacional de grupos de oficios afines. En el manifiesto que publicó el congreso de Sevilla se lee en un pasaje: «Inspirados por el espíritu anarquista, tenemos..., etc.», y la conclusión del manifiesto dice: «La Federación de los Trabajadores de la Región Española tiene por fin la asociación de los trabajadores españoles para luchar solidariamente con sus hermanos de otras regiones contra los monopolistas del capital y de la propiedad, lucha que debe conducir a la emancipación completa del trabajo.»

Las masas obreras llegaron directamente en España del federalismo republicano de las ideas de Pi y Margall, al federalismo colectivista de la Internacional bakurínista y al anarquismo; sin que hayan sido detenidas por los principios del socialdemocratismo político y centralista.

Por consiguiente, tampoco en el congreso de Sevilla estaban las ideas suficientemente aclaradas, pues se difundían todavía entre sí el comunismo (la interpretación de que la comuna será la unidad organizadora de la sociedad libre del porvenir) con lo que hoy llamamos sindicalismo, pero que entonces todavía no tenía nombre, la interpretación de que la federación de los sindicatos será la organización básica del futuro. Bajo el aspecto económico casi todo el movimiento estaba todavía en el principio del colectivismo. Pero aquí fue defendida por un obrero andaluz, de Sevilla, Miguel Rubio, el comunismo libertario como armonizable en absoluto con el anarquismo. Desde entonces se trabó la lucha entre anarquistas colectivistas y anarco-comunistas; hasta que los colectivistas desaparecieron poco a poco y todos los anarquistas españoles se designaron comunistas libertarios.

En el tiempo de la Internacional los marxistas eran «comunistas comunitarios» y los bakunistas eran colectivistas. Por eso el anarquismo se tenía por inarmonizable con el comunismo. Colectivistas y comunistas querían ambos la posesión de la tierra, de las minas, de los medios de producción y de comunicación por los trabajadores; pero, la fórmula comunista del consumo dice: «De cada uno según sus capacidades; a cada uno según sus necesidades», o en otras palabras, propiedad común también de los productos. La fórmula colectivista decía: «A cada uno el producto íntegro de su trabajo», es decir, comunismo en los medios de producción, pero propiedad privada en los productos.

La evolución hizo que socialistas autoritarios y antiautoritarios cambiaran su posición como el **Chassé-croisé** de un rigodón. Hoy sucede lo contrario, los socialdemócratas son colectivistas y los anarquistas comunistas libertarios. Los

pesetas. En junio una bomba destruyó la casa del alcalde de La Coruña. En agosto son incendiadas mil hectáreas de campo, y 80 plantaciones del duque de Alba. Un convento de jesuitas es destruido por medio de bombas. Los periódicos informan de frecuentes asesinatos de alcaldes de los pueblos de provincias. En el Congreso anarquista internacional de Londres, el delegado español informa sobre la Internacional y el movimiento sindical en España. Participa que dentro de la organización pública existe una organización secreta e íntima: **Los hombres de acción.**

Como las persecuciones terribles y despiadadas se apaciguaron algo en 1881, el movimiento pudo volver nuevamente a la luz del día y halló su expresión en un hermoso semanario, **La Revista Social**, redactada en Madrid por Serrano y Oteiza y difundida en un tiraje de 20.000 ejemplares. Se puede uno imaginar la gran cantidad de lectores anarquistas en un país de dieciocho millones de habitantes en donde la inmensa mayoría son analfabetos. No obstante todas las persecuciones, no pudieron ser nunca disueltas las secciones de oficio secretas que se habían adherido a la Internacional, y cuando en 1881, tuvo lugar en Barcelona el primer Congreso obrero de España, pudo nuevamente ser formada de inmediato la Federación de los sindicatos y de las secciones de la vieja Internacional, que ahora adoptó el nombre de Federación de Trabajadores de la Región Española. La Federación fue puramente sindical, pues el movimiento de España ha sido siempre un puro movimiento de clase. Esa Federación adoptó la famosa declaración de principios de la Internacional y declaró después en un manifiesto:

«Nuestra organización, que es puramente económica, se distingue y está en oposición frente a todos los partidos políticos, burgueses y obreros: así como éstos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que sean reducidas las formas jurídicas y políticas del Estado existente a meras funciones económicas, y para establecer en su lugar la Federación Libre de las libres asociaciones de productores.

»De lo que precede, se deduce que somos adversarios de toda política parlamentaria y decididos partidarios de la lucha económica y de la destrucción de todos los privilegios y de todos los monopolios de esta injusta organización de la sociedad actual.»

Un año después se celebró, en septiembre de 1882 el segundo congreso de la Federación Regional, en Sevilla, en el que participaron 250 delegados y que pudo señalar la adhesión imponente de 8 uniones, 218 federaciones locales, 663 secciones, con cerca de 70.000 miembros.

La organización era casi idéntica a la actual **Confederation**

La Haya y no se reconoció ese congreso; la Internacional española se adhirió al pacto y a las resoluciones del congreso antiautoritario de Saint-Imier.

Los marxistas españoles intentaron fundar ahora por algunos meses una nueva Federación en toda España, tuvieron en el comienzo de 1873 un congreso en que declararon que querían mantener fielmente las resoluciones del congreso de La Haya (referente a la acción política) y eligieron un nuevo Consejo federal cuya sede trasladaron a Valencia. Pero a pesar de todos los esfuerzos oratorios y públicos para escindir el movimiento español, la nueva Internacional murió, no obstante, por haber sido llamada por Engels la «verdadera Internacional», junto con su periódico **La Emancipación**, después de corto espacio de tiempo; a pesar de los apoyos monetarios de Londres. La Internacional antiautoritaria continuó existiendo con sus seis periódicos (22).

La discusión de la Internacional proporcionaba a las clases dominantes bastantes sustos, por lo cual fueron reclamadas al parlamento ya a fines de 1871 leyes de excepción y la prohibición de la Internacional. Una parte de los diputados republicanos, Pi y Margall, Salmerón, Castelar, etc., así como los internacionalistas en el parlamento, Garrido y Lostau, defendieron la Internacional. Los debates apasionados en el parlamento en pro y en contra de la Internacional duraron varias semanas, lo que debía atraer aún más la atención sobre ella. Al fin la ley contra la Internacional fue aprobada y al comienzo de 1872 se envió a todas las autoridades de España la orden de disolver en todas partes las secciones de la Internacional. Pero la Internacional se desarrolló clandestinamente y más poderosa que antes. Nuevas revueltas republicanas y federalistas barrieron también ese gobierno y al comienzo de 1873 se proclamó la República democrática federalista.

Los jefes de la burguesía republicana que ahora tenían en sus manos el mando, se apresuraron de inmediato a arrojar todos sus principios por la borda en beneficio de la formación del poder. Los nuevos dominadores, que tenían que agradecer su poder a la circunstancia de que antes habían propagado durante años el federalismo por la propaganda y el escrito y por las conspiraciones, organizaron ahora el más sofocador centralismo; a pesar del nombre federalista de la República. La población española, que se compone de pueblos completamente distintos, con dialectos y hasta con idiomas distintos, diversa cultura, hábito regional y costumbres diferentes, reclamó finalmente la prometida autonomía cantonal, la realización del comunismo, de abajo a arriba. El gobierno central se opuso fundándose en que el federalismo sólo de arriba a abajo, es decir, por el gobierno, puede

ser realizado, pero no pensaba ciertamente en él. Por eso se produjeron en muchas regiones de España, especialmente Cartagena (Murcia), Alicante, Cataluña, Valencia y Andalucía movimientos insurreccionales en pro de la autonomía cantonal; contra el gobierno central. Los centralistas llamaron entonces a los federalistas para hacerlos sospechosos y ultrajarlos, «separatistas», e «intransigentes». El gobierno republicano dedicó todo su ejército a abatir esas insurreccionales cantonales; para lo cual dio el mando ordinariamente a generales reaccionarios que había aceptado de la Monarquía. Se produjeron en todas partes luchas sangrientas, en las que generalmente los federalistas quedaban vencidos después de algunos días. Sólo Cartagena, un gran puerto marítimo, que se declaró comuna independiente según el modelo de la Comuna parisina de 1871, no pudo ser vencida. La flota de guerra que estaba en Cartagena cayó en manos de los federalistas. Por lo tanto estaban protegidos por la parte del mar, del mismo modo que, gracias a los fuertes de las colinas circundantes, lo estaban contra los ataques de la parte del interior. Cartagena se mantuvo seis meses a pesar de ser bombardeada por los sitiadores en ese tiempo por más de treinta mil bombas, obuses y granadas. En los fuertes y en los edificios públicos, como en los mástiles de los barcos de guerra, flameó la bandera roja como insignia de la Comuna libre de Cartagena. Se aprovisionaron gracias a los barcos de guerra que atracaban en los puertos de España y exigían bajo amenaza de bombardeo contribuciones de guerra para Cartagena. Todos los decretos de la Comuna cartagenera llevaban esta única rúbrica: «¡Viva la República federal social!»

Como detalle podría ser mencionado aquí que el gobierno español central buscó ayuda de Prusia contra Cartagena, fundándose en que también fueron tomados a Prusia dos barcos de guerra surtos en el puerto abierto de Cartagena. Para una canallada contra la libertad se dejó rogar con placer.

En tales circunstancias se comprende que los internacionalistas no quedarían al margen sino que apoyarían contra el gobierno central a aquellos que estaban más próximos a sus ideas: los federalistas. Este es uno de los más acerbos reproches que sabe hacer Engels en su folleto **Los bakunistas en la obra** y con él toda la socialdemocracia a los internacionalistas españoles (23), el cual es todavía hoy arrojado a menudo contra los anarquistas. Pero ese reproche es característico de la manera de ser de la socialdemocracia.

En muchas regiones los internacionalistas provocaron revueltas por sí mismos para realizar la liquidación social. Así en Sevilla, donde dominaron unos días (24), en Granada, en

Valencia (25), en Alcoy (26), donde comenzaron con una huelga general y en la lucha que siguió mataron al alcalde y regaron con petróleo e incendiaron muchas casas de ricos.

El jefe de los federalistas e internacionalistas en el sur era Fermin Salvochea, entonces alcalde de Cádiz.

Todos los presos federalistas e internacionalistas fueron ajusticiados sumariamente por las tropas del gobierno republicano central.

En el corto tiempo de su existencia, la república española contó 4 presidentes, entre ellos Pi y Margall, que pudo abandonar el poder con las manos limpias, mientras que los presidentes de la república que le sucedieron compitieron en medidas de opresión contra los verdaderos republicanos; lo que finalmente llevó a la caída misma de la república. A fines de diciembre de 1874 la monarquía fue restablecida por el golpe de Estado de Cánovas del Castillo y del general Martínez Campos; Alfonso XII fue llevado al trono.

III

DE LA CAIDA DE LA REPUBLICA A LA REVUELTA DE JEREZ (1874-1892)

Bajo la reacción monárquica de Alfonso XII y Cánovas del Castillo se hicieron más severas las persecuciones y la Internacional continuó actuando algunos años completamente clandestina, subterránea, sin que podamos señalar noticias dignas de atención sobre el movimiento en el período de 1874 hasta 1881.

Sin embargo, aparecieron durante todo el período, publicaciones, bien que irregularmente, secretas, como **El Municipio Libre**, que defendía las ideas de la Comuna anarquista; **El Movimiento Social**, que trataba más bien sobre las federaciones económicas, etc.

En el año 1878 formó Pablo Iglesias en Madrid el primer grupo socialdemócrata secreto hasta 1881. Sin embargo, los socialdemócratas tenían tan poca influencia que Pablo Iglesias declaró en un artículo publicado en 1902 en la revista **Nuestro Tiempo**: «El movimiento obrero desde el año 1869 hasta 1885 fue dirigido exclusivamente por elementos anarquistas.»

El 30 de diciembre de 1879 disparó el panadero Otero dos tiros de pistola contra Alfonso XII, sin herirle. En junio de 1880, obreros louckutados atacan e incendian una fábrica textil en Barcelona. Causaron daños por más de 150.000

PALABRAS Y FRASES

SEGUNDA SERIE

Recopilación y comentarios a cargo de M. CELMA

ABDERRAMAN

Los Abderramanes fue una dinastía mora compuesta de varios sucesores en el trono. Su sede principal fue Córdoba. Aunque casi perdida ya en la nebulosa de los tiempos, viene a pelo recordar que Córdoba recibió el título de Ciudad de los Abderramanes. Empezaron su reinado hacia 755 y lo continuaron durante 8 centenas.

Vencidos por los católicos al fin, su historia, como siempre, la hizo el vencedor, aspecto que hay que tener en cuenta para comprender que otra cosa sería el paso de la morería por España si hubiesen podido escribir su historia ellos, y no el enemigo.

Hoy no estamos mejor situados que entonces sobre el particular. Célebres y escandalosos han sido los cambios que tras la muerte de cada pontífice sufre la historia, el diccionario y la enciclopedia rusos.

La liberación de París también tuvo su historia en 1945 diferente a la que se nos enseña en 1969, etc., etc.

Al parecer los Abderramanes quisieron una paz para todos los peninsulares. Paz que aprovecharon los católicos para preparar la revancha en nombre de Dios contra la media luna traída a España por Tarik.

Durante el período Abderramán fue irreversible la mezcla de sangres peninsular y africana, empezando a mezclarse también los dioses y las religiones. Un altar común tenían Cristo y Mahoma y un obispo católico hubo que se llamaba Rabés-ben-Sahib. Cuando un niño nacía, muchos eran los que veían en él a Mahoma y a Cristo reunidos.

(1) *El lector queda invitado a completar estas referencias enviando su colaboración a CENIT, cuya redacción queda de antemano agradecida.*

ABEJA

Animal gracias al cual los humanos comemos miel.

La abeja ha servido de ejemplo a algunos pensadores para desarrollar sus teorías comunistas fundamentándose en que los hombres debemos vivir como las abejas. Uno de los primeros fue Giovanni Bonifacio, autor de «La República de las abejas», libro muy documentado y ejemplarizante.

En el mundo anarquista «la colmena» y «la ruche» son también grandes ejemplos. El propio Proudhon escribe:

«Si, como la abeja, todo hombre tuviera al nacer un talento igual, conocimientos especiales perfectos, etc., la Sociedad se organizaría por sí misma».

A este razonar le cabe también este otro:

Si, como el hombre, la abeja pudiera razonar, reflexionar y discurrir, éstas intentarían industrializar la producción, «organizarse», etc. y la armonía de la colmena se convertiría en un matadero de los que los humanos somos maestros.

ABEL

Hermano de Caín.

Según la Biblia, Caín mató a Abel. Desde entonces cierto espíritu caínista sobrevive e impera en muchos hombres.

No solamente sobrevive sino que ha empeorado.

Entonces Abel murió pero nadie intentó nombrar ministros de propaganda para justificar el crimen.

Hoy Caín continúa matando y además «razona» su hazaña. Dice que lo hace en nombre de la lógica e in-

mediatamente pide — y se le concede — la Legión de Honor.

Durante la novena que va del 33 al 45, tres sujetos se distinguieron en hacer el Caín corregido y aumentado. Gœbels para los nazis, Philippe Henriot para los pétainistas y Dionisio Ridruejo para los falangistas. Querer justificar el crimen es tan odioso como el crimen mismo.

ABELLA Miguel

Militante confederal teruelense que, libre de prejuicios religiosos y limpio de los de los anticlericales casóse con una monja. Este casamiento no se hizo con el beneplácito de todas las amistades de Abella y de ello surgió graves discórdias en el seno de los revolucionarios de la zona de Teruel.

Craso error será siempre entrometarse en la vida privada de cada uno. Error enorme ue suele dar resultados nefastos.

ABELLA Nicolás

Estudiante falangista de Santander, muerto el 4 de marzo de 2934 en refriega popular por las calles de Valladolid.

Invocando estos sucesos, el Jefe de Falange vallisoletano juró que mil vidas obreras pagarían por la suya.

Y, en efecto, llegada la sublevación militar fascista no mil sino diez mil trabajadores fueron asesinados en Valladolid.

ABEN Gabiral

Escritor del siglo XV. Uno de los primeros hombres que se atrevió a desdivinizar el «viejo testamento» explicando en su libro sin par las causas naturales del testamento citado.

Su obra debe figurar en toda biblio-

teca anticlerical al lado de «La esencia del cristianismo», «El Cristo», «Las Ruinas de Palmira», «Así hablaba Zaratustra», etc.

ABERRACION

La mayor y más nefasta es esa que persiste y se muestra tan tenaz en el corazón del hombre, según la cual, los seres nacen para ser victimarios o víctimas, para mandar u obedecer. Se ha confundido frecuentemente aberración con impotencia protestaria.

Se dice: gracias a cierto espíritu aberrativo existen las creencias religiosas. Contra esta forma de enjuiciar las cosas se han elevado hombres para decir: no, no es aberración sino profundo malestar general de los corazones.

Imaginarse un ser superior, llamé-sele Dios, Tarzán o Don Quijote, no es aberración sino deseo, acertado o no, de acabar con las mezquindades, con los sufrimientos y con lo que de animal tenemos los hombres.

Sólo las palabras han cambiado. Lo que hoy es conocido como revolución de conciencias en lenguaje religioso es conversión, nuevo renacer, etc.

Para el poeta se traduce en:
«No te amilanes ni acobardes,
aprende a renacer cada mañana
como la luz al despertar el día
como el Sol que amanece en tu ven-
[tana.»

Lo aberrativo es producto de grandes sufrimientos morales o físicos colectivos o personales, es un efecto, no una causa.

Claro que, como todo se encadena, el efecto da pie a otros efectos, por lo que ipso facto se convierte en causa. Por eso, en virtud del estado aberrativo de los más, una pequeña parte de la humanidad aprovecha y explota cual si fueran animales de carga al resto de sus semejantes.

Monstruosa aberración fue para Bakunin el concepto que Bukarin, (uno de los primeros bolcheviques que degolló Stalin) tenía sobre la Sociedad. Para Bukarin, aberrativas eran sobre todo las ideas de Bakunin.

Mientras que según Bakunin, no tener consideración para con los pueblos, el espíritu en que cada uno vive, la tendencia del día, el ambiente, etc., es más aberrativo que todas las religiones juntas.

ABISINIA

País en donde los cristianos siempre han sido minoritarios.

Se hundió la idea cristiana el día en que los abisinios oyeron a los curas decir que «la peste era una enfermedad de origen divino muy eficaz para obtener la eternidad en el paraíso.»

Desde luego los Sacerdotes para no contaminarse de la peste daban la

hostia sagrada con pinzas y no con los dedos.

ABISMO

Distancia, separación, profundidad. Abismo infinito es el que separa el hombre y Dios.

De un lado grandeza y poder infinitos, del otro diferentes grandezas limitadas, debilidad e impotencia.

El uno creador, criatura el otro.

ABNEGACION

El más parco de los trabajadores pronuncia esta palabra con tono de gravedad. ¡Hay que ser abnegados!, etc. Sin embargo, henos aquí lo que dice un pensador, un hombre de muchos amigos y de no menos enemigos, odiado de éstos, amado de aquellos. Dice así: «El que propone la abnegación como principio de conducta es porque confunde las ideas o es un capitán Araña. La abnegación supone la más alta desigualdad.

Abnegarse es sacrificarse sin esperar, pedir ni pensar en recompensa. Naturalmente que si todos fuésemos abnegados no sería necesaria la abnegación porque todo se obtendría sin penas y para gloria de todos.

La abnegación es voluntaria. Una abnegación impuesta es coacción, es opresión.

(Continuará.)

LA LIBERTAD

Dejemos a otros el soñar reivindicaciones sin combates o evoluciones sin víctimas, y pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barridas o campos de batalla.

Toda libertad nació bañada en sangre, y el advenimiento de la justicia debe compararse con un alumbramiento desgarrador y tempestuoso, no con una germinación tranquila y silenciosa. No aguardemos a que de arriba nos otorguen derechos ni libertades. Del que manda nunca vino cosa buena ni gratuita, y las naciones que se adormecen confiadas en que la autoridad se acerque a despertarlas con el don de la independencia son como los insensatos que en el desierto afincaran una ciudad, aguardando que un río viniese a cruzarla por el medio.

La libertad de pensar en silencio no se discute, se consigna. Lejos de inquisidores y tiranos, poseemos un asilo inviolable donde rendimos culto a los dioses que nos place, donde erigimos un trofeo para los buenos y un patíbulo para los malos.

Linternas cerradas, alumbran por dentro.

GONZALEZ PRADA

LA VIDA Y LOS LIBROS

Enrique Nido y la filosofía del anarquismo

por V. Muñoz

HACE poco ha ingresado en mi colección libertaria el libro *El Pensamiento Filosófico y el Anarquismo* por Enrique Nido (Rosario, Argentina: Talleres Gráficos Romanos Hnos., 1921). Se trata de uno de esos libros agotados que uno siempre deseó leer, pero que, en mi caso, no he podido hacerlo hasta pasado casi medio siglo de su publicación.

Federica Montseny hizo una reseña favorable del mismo en *La Revista Blanca* (segunda época). Digamos algo sobre Enrique Nido. Era el seudónimo de Amadeo Lluán, compañero libertario catalán, nacido en Barcelona el año 1889; muy querido por Anselmo Lorenzo. Trajo a América la continuación manuscrita de *El Proletariado Militante*, la cual parece que se ha perdido o, hasta ahora, no ha podido ser ubicada. De Barcelona, Amadeo Lluán pasó a Marsella, exiliado. Desde esta gran ciudad mediterránea gala, se embarcó para la Argentina, adonde llegó el primero de mayo de 1909. Colaboró en *La Protesta* diario de la capital bonaerense y también en su suplemento semanal. Murió joven, a los 36 años. Además del libro que aquí comentamos dejó otro titulado *Páginas de afirmación*. En 1925, fenecía también en otro extremo de América, otro prominente libertario originario de Barcelona: Pedro Esteve. Dos pérdidas sensibles para el movimiento anarquista mundial.

El Pensamiento filosófico y el anarquismo se compone de dos partes: Los filósofos antiguos y el anarquismo — Sus definiciones.

Empieza esbozando a Sócrates y refutando a Pompeyo Gener, al parecer contrario a la sofística socrática; concluyendo. «Su lectura puede ser muy provechosa para cuantos soñamos en una sociedad de hombres conscientes, justos y relativamente libres.»

Ensalza a Platón que «no obstante los errores de su sistema, el platonismo encierra mucha belleza y muchas verdades imperecederas por llevar impreso un sello de eternidad».

Admira a Aristóteles de quien cita este pasaje: «La vida no depende de una casualidad y no hay ninguna divinidad que la presida, ni que intervenga, ni que la socorra. Nada prueba una vida futura para la cual hayamos de prepararnos».

Salvando la secular distancia, encuentra un paralelismo entre los sofistas y los anarquistas: «fueron calumniados ignominiosamente por su irreverencia y por sus ataques a los dioses, a las leyes, a las costumbres y a la sociedad de su tiempo».

Ejemplariza a los cínicos (Diógenes, Crates y Menipo): «decían ellos que se podía vivir bien con arreglo a la na-

turalidad, sin artificio ni ornamento, sin preocupaciones absurdas de fausto y de insolente riqueza, y lo demostraron con los hechos de su vida cotidiana».

De los estoicos se le escapa el aspecto social (ensalzado por Max Nettlau en *La Aurora* primaveral de la anarquía) y realza el moral: «enseñaban a sus discípulos y a cuantos les seguían y escuchaban la idea de resistir moralmente a todas las adversidades de la existencia».

De la era griega o precristiana llega a Descartes: «el padre del positivismo moderno y el renovador más grande e influyente de su época». Refuta al finalismo de Leibnitz: «no ve el antagonismo que existe entre las partes y si sólo la totalidad ordenada de la naturaleza». De Kant asegura que «por su ley moral y la idea del Soberano Bien, seguirá ligado eternamente al mundo de la justicia equitativa». Encuentra que Hegel fue «un renovador del espíritu de su tiempo». Nietzsche es para él: «iconoclasta e irreverente con los dioses y las leyes». Finaliza esta excursión en Bergson: «el más universal de los filósofos contemporáneos».

La parte segunda empieza con *El Concepto filosófico*. La misma es la columna vertebral del libro. Enrique Nido entiende que, si en el anarquismo hay filosofía, aún no existe una filosofía del anarquismo: «decir filosofía no es lo mismo que decir «una filosofía», en el sentido amplio y universal que debemos dar a esta palabra».

En *El concepto biológico* aclara que «una definición biológica del anarquismo, inspirada en el bien de todos, debería hallarse condicionada por una ética que neutralizara, con un concepto de solidaridad y apoyo mutuo, la fuerza ciega y destructora del hecho biológico».

En *El concepto evolucionista* defiende el hecho revolucionario, pues: «una concepción evolucionista, en el concepto social, podría conducir el anarquismo al oportunismo político».

Luego, en *Libertad y Equidad* escribe: «nuestros detractores han pretendido negar los fundamentos del anarquismo, desvirtuando lo que hay en él de más persistente. El carácter de continuidad, moral y revolucionaria de los anarquistas, actuando e influenciando el medio social, en un doble sentido de lucha y cultura».

En *El Sindicalismo* recuerda que: «el anarquismo es, desde su origen histórico, una tendencia social netamente antipolítica». Diseca la acción del impopular voto y concluye: «es un error fundamental el atribuir, al parlamento, influencia alguna en el crecimiento de la cultura de un pueblo».

He aquí algunos pensamientos maestros en *La Propaganda*: «Es necesario que volvamos a la exposición serena

y sencilla de nuestras ideas». «Al encanto y a la belleza que tenían aquellas primeras lecturas nuestras cuando nos iniciamos en la propaganda», «A aquellas hermosas páginas de crítica anarquista que tanto embelesaban y que encerraban tanta fuerza de convicción».

En este aspecto de la propaganda, lanza la idea de un Archivo Internacional del Anarquismo: «Es necesario recoger todo ese enorme material de lectura desperdigado por el mundo para transmitirlo intacto a la posteridad. Así el historiador imparcial, de estas etapas sociales, hallará el modo de esclarecer el criterio de las generaciones futuras sobre el génesis y desarrollo del anarquismo». El Centro Internacional de Estudios sobre el Anarquismo (C.I.R.A.) con sede en Lausana (Suiza), llena actualmente tal cometido.

El problema de las razas es el capítulo más débil del libro, aunque sale a flote al estampar sobre el papel pensamientos como éste: «El que a una raza le esté vedada la producción del genio, no la invalida al extremo de considerarla inferior en los demás órdenes y menesteres de la vida vulgar.»

En El Patriotismo ve que ha recrudescido después de la llamada primera guerra mundial. «La moral patrioter, es la moral del Estado, del Capital y de la Iglesia».

Entonces como ahora, extractando de El Militarismo: «hablar del militarismo en la hora presente es agitar una horrorosa imagen que está en la mente de todos».

En La Creencia y la sombra de Hamlet entiende que el ser humano es crédulo. «El hombre podrá desechar una creencia por otra, pero, no le es dable agitarse en la esfera del conocimiento sin aferrarse a una creencia, ya duradera, ya efímera».

En El Novecentismo concluye: «Somos los herederos del espíritu rebelde y soñador de la historia. Del idealismo romántico que se diseñó en la Enciclopedia y tomó cuerpo en la Internacional, para continuarse en nosotros y en aquellos que, como nosotros, se hallan situados del lado de la Libertad contra la Tiranía, de la Equidad contra el Privilegio».

Después de desenmascarar a esos enterradores de la revolución que son los bolcheviques, en El Bolcheviquismo asevera: «Estamos hoy donde estábamos ayer. Esto es; en el camino de la Revolución, sin amos y sin esclavos. Sin gobernantes ni gobernados. Sin explotadores ni explotados».

Finalmente llegamos a la Conclusión: «¡Continuación! Esta debe ser, en la hora presente, nuestra palabra de aliento. E inspirando fuertemente el aire, para que el eco de nuestra voz repercuta en la distancia, gritemos, ahora más fuerte que nunca: ¡Viva la Anarquía!»

Los lectores interesados en este libro es bueno que sepan, además, que el Suplemento Semanal de La Protesta (Buenos Aires: n.º 17, 8 de mayo de 1922), contiene del mismo Enrique Nido su trabajo Apostillas a una crítica, refutando la reseña aparecida en la revista España de Madrid.

..

La idea central del libro es, no obstante, la idea básica de la Filosofía del anarquismo. Para el autor en el seno del anarquismo «no hubo nunca substancia de verdadero filósofo, de filósofo universal, que resumiendo los conocimientos adquiridos de las ciencias, estructurara una filosofía del anarquismo, ordenada y completa».

Por supuesto, existen varios libros, folletos, ensayos, te-

sis universitarias, etc., que estudian la «filosofía del anarquismo», cual de ello es ejemplo el libro Filosofía del anarquismo por Carlos Malato (Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores, s. f.). Pero el autor no se refiere a esto.

Se dirá que ha habido grandes teóricos en el anarquismo y se citará por orden cronológico a William Godwin, Josiah Warren, Max Stirner, Pedro José Proudhon, Miguel Bakunin o Pedro Kropotkin. Pero todos estos prominentes pensadores no estructuraron una Filosofía del anarquismo, sino ciertos y unilaterales aspectos de la misma. Ejemplaricemos: Godwin (justicialismo libertario), Warren (comunalismo), Stirner (unicismo), Proudhon (mutualismo), Bakunin (colectivismo) y Kropotkin (comunismo libertario).

Para el autor, el anarquismo tuvo ya a un pensador que hubiera podido estructurar la Filosofía del anarquismo. Fue Eliseo Reclus: «Este sabio se llamó Eliseo Reclus y su obra inmortal, El Hombre y la Tierra, hubiera podido ser la base de esta filosofía. Los demás pensadores anarquistas han realizado una labor filosófica fragmentada que, reunida en sí, no alcanzaría a formar esta síntesis colosal e integrada de filosofía sistemática. En este punto del problema puede decirse que nosotros esperamos nuestro gran pensador, el hombre genial que, abarcando las nociones de la mecánica viva y de la mecánica inerte, cree la Antología científica y filosófica del anarquismo, con un margen de disposición para futuras y probables renovaciones».

Llegado a esta altura, el lector ha fácilmente comprendido al pensamiento del autor. Ahora bien, ocurre que después del fallecimiento de Pedro Kropotkin (1921) no ha aparecido en el horizonte ningún pensador de envergadura que haya aportado un nuevo caudal filosófico al anarquismo. A la mente del lector vendrán muchos nombres. Por ejemplo, Ricardo Mella. Aunque calificando a Mella del pensador más original que ha tenido el movimiento libertario de lengua española, no olvidemos que sus ideas son una síntesis de las de Proudhon, Pi y Margall y Spencer. Por ejemplo, Max Nettlau. Tengamos en cuenta que este «Herodoto de la Anarquía» (como en su tiempo lo calificó Valeriano Orobón Fernández), edificó con paciencia y constancia de hormiga, la Historia del anarquismo y no la Filosofía del mismo. El mismo Rudolf Rocker fue más bien un gran divulgador del anarquismo y no un filósofo del mismo. Recientemente falleció Herbert Read en Inglaterra. Pero este eminente crítico de arte honró más bien los conceptos kropotkinianos del anarquismo.

Indudablemente, que a medida que transcurre el tiempo, nos acercamos más al día que surja en la Humanidad el hombre o grupos de hombres que emprendan la magna tarea de la Filosofía del anarquismo que reclama Enrique Nido.

Si bien en éste mi párrafo precedente se asiste a la nota optimista, ya en su tiempo el autor era más que dubitativo. Y es así como el lector interesado en cuanto vamos exponiendo, deberá acudir al hermoso artículo de Enrique Nido titulado El problema del Hombre cumbre (La Revista Blanca, n.º 39, Barcelona: 1.º de enero de 1925).

Ratificando lo anteriormente expuesto en el libro que reseñamos, expresa: «Una necesidad que generalmente se hace sentir es la falta del gran hombre, del titán de la acción o del pensamiento que anime, por las vías de la

De mis peregrinaciones europeas

Por el Danubio aguas arriba - Las Puertas de Hierro

por EUGEN RELGIS

SON las seis de la mañana. Cuando subo a la cubierta, el viento me envuelve en sus espirales frescas y me quita el cansancio de breve sueño, duro como la litera del camarote. Turnu-Severin ya queda atrás: se divisan todavía algunos campanarios, algunas chimeneas. Quizás la silueta baja, descolorida, tronchada, en la orilla del río, es el vestigio del puente que el emperador Trajano tendió sobre el antiguo Danubio para las legiones que colonizaron Dacia. El pasado histórico nos solicita con sus signos persistentes, pero el presente se despliega en el horizonte con su vida huidiza y, sin embargo, permanentemente.

¡Ya están ahí las Puertas de Hierro! Un dique de negros bloques de piedra colocadas como un segmento de cerco de algunos kilómetros de largo, en medio del río cuyo lecho muestra a veces su fondo rocoso. La corriente se deshace en ondas pequeñas y rápidas. El barco se desliza por la izquierda, en el único canal navegable. Las Puertas de Hierro, a pesar de su nombre, construidas con piedras talladas, ajustadas meticulosamente, se presentan co-

mo un parapeto, cuya cresta ancha está adornada de hierbas y arbustos enanos. Del otro lado de esta muralla yace el esqueleto herrumbroso de una barcaza, medio sumergida; probablemente por haberse desprendido del remolcador y haber sido arrastrada por la corriente del otro lado de las Puertas. Hace años que está allí, abandonada como una advertencia para los pilotos negligentes. O tal vez como una señal poco pintoresca, a fin de dar a los viajeros un leve escalofrío de zozobra. También aquel pastorcito con sus escasas ovejas que pacen en esta isla artificial, parece hallarse allí como un elemento decorativo, aislado por una semana. Una lancha llevará luego su rebaño hasta las faldas del bosque espeso que, en ambas orillas, se alza macizo, ilimitado...

Más adelante, en medio del río, surge un grupo de árboles; de entre ellos sobresalen algunos cipreses airosos, flexibles, y un minarete agudo como una lanza. Ada-Kaleh es una isla verdadera, cómodamente bañada por el caudaloso Danubio. Sus fortificaciones, que datan de los tiempos de los Turcos, bajan hasta las olas verdosas y conservan todavía las almenas detrás de las cuales acechaban los arqueros de antaño. Se pueden ver también las casitas, en sus huertas que ocultan pequeñas plantaciones exóticas. Algunos centenares de musulmanes constituían en esta isla una pacífica república autónoma, que ignoraba el Estado con sus recaudadores y reclutadores. Hablábese a menudo de este refugio como de un paraíso en miniatura, en el cual no habían penetrado todavía los pioneros y los refractarios quienes huyendo de las enfermedades y los vicios de la civilización europea, fundaron colonias más o menos efímeras en las lejanas Antillas, en Taití, en rincones africanos o sudamericanos.

Ada-Kaleh se alejó lentamente, achicándose, hundiéndose entre los macizos cubiertos de bosques espesos. Y, dejando atrás la pequeña ciudad de Orsova, he recuperado esa mirada mía, de cazador de imágenes, y el pensamiento alerta, listo para asir, escudriñar y sisecar...

**

Así he visto, hace más de treinta años, a esta isla que queda en mi recuerdo y de algunos más. Ya que hoy, Ada-Kaleh no existe. Ha desaparecido.

LA VIDA Y LOS LIBROS

acción o del criterio expuesto, a las falanges coincidentes del movimiento anarquista». Vemos que aquí, reclama también, al gran hombre de acción y, englobando los dos aspectos (pensamiento y acción), asevera: «Es evidente que el anarquismo ha visto cerrarse ya el círculo de sus grandes hombres después de la muerte de Proudhon y Bakunin, Reclus y Kropotkin».

Estas aseveraciones fueron mal comprendidas en su tiempo por algunas personas, no al tanto de anteriores textos de Enrique Nido y que ahora, el lector que va leyendo, puede discernir bien, comparándolas con el texto del libro que hemos reseñado. Le será fácil comprender este nuevo pasaje del autor: «El problema del hombre cumbre es de gran trascendencia para nosotros».

Indudablemente, no se trata del hombre prócer el que reclama Enrique Nido. Nadie mejor para explicarlo que Manuel González Prada (1848-1918): «La humanidad no quiere pastores o guías, sino faros, antorchas o postes señaladores del camino».

Resta decir que este notable libro de Enrique Nido es uno de los que merece reeditarse, pues en la literatura anarquista configura uno de los clásicos del anarquismo.

No por un terremoto u otra catástrofe natural. Si no por los esfuerzos tenaces de los hombres que hicieron subir las aguas del Danubio, hasta que la isla pintoresca quedó sumergida como una encantada visión de los cuentos orientales.

Desde casi cinco años, gracias a los convenios entre Rumanía y Yugoslavia, millares de obreros, técnicos e ingenieros están construyendo en este lugar una de las más gigantescas obras hidroeléctricas que transforma ciertos aspectos imponentes de la naturaleza, como ya ocurrió en el Norte de los Cárpatos, en sus gargantas llamadas Llaves del Bicaz donde funciona una potente hidrocentral, y también al sur de la cordillera donde se ha inaugurado recién la represa del Argesh, un afluente del Danubio.

Según los datos oficiales (v. «Rumanía de hoy», mayo 69) se construye por la hidrocentral de las Puertas de Hierro un dique detrás cuyo «nivel de las aguas va a crecer en 35 metros, creándose un lago de acumulación que se extenderá cerca de 150 kms». La presa, de una altura de 60 m. (como la de un edificio de veinte pisos) y una longitud de 441 metros, va uniendo las dos orillas del Danubio. El débito anual de las hidrocentrales será de diez mil millones de Kwh, que se repartirá en partes iguales entre Yugoslavia y Rumanía. El nudo hidroeléctrico de las Puertas de Hierro entrará en 1971 en funcionamiento. «Un sistema ingenioso de esclusas facilitará y hará más rápido el paso de los barcos por este punto, hoy difícil.» La parte rumana del río continuará «enriqueciéndose en los años siguientes con nuevas construcciones hidro-técnicas», las más importantes en la zona Islaz-Samovit, en colaboración con Bulgaria, vecina en la otra orilla. La fuerza eléctrica nacida de las olas del Danubio, dará un nuevo impulso a la obra «de industrialización de todo el valle de 1072 kilómetros. Desde ahora ya se pueden ver los frutos de esta obra»...

Ya ha desaparecido bajo las olas del Danubio la pintoresca y romántica isla Ada-Kaleh y están en vía de desaparecer, desde el mes de agosto de este año, debajo los 30 ó 40 metros del nuevo lago que va acumulándose entre las dos riberas, el puerto y aun toda la ciudad de Orsova. Desaparecen para resucitar en las alturas de las cercanas colinas boscosas. Abandonadas sus casas, calle tras calle, sus huertas, sus fábricas, esta ciudad — asentada allí desde la época daco-romana, la antigua Dierna — se la reconstruyen sus propios habitantes y muchos otros más, según los nuevos planes ampliados y cada familia vuelve a instalarse en su departamento o en su casita, y algunas usinas ya empiezan a funcionar en torno a la ciudad, con sus complejos de talleres, empresas textiles y mineras... Pronto, en otro puerto, el Cerno-Orsova, van a atracar los barcos. Y los astilleros, los centros comerciales, las instituciones culturales y técnicas surgirán en pocos años. «Después del 1970 — escribe un corresponsal — la ciudad entrará en un ritmo normal de vida. En el golfo del mar artificial, sobre la ancha carretera protegida por el dique poderoso, correrán los autos de los turistas rumanos y extranjeros de-

seos de admirar el nuevo paisaje danubiano levantado por la mano del hombre en el cruce de los Cárpatos y los Balcanes».

**

Si, el hombre puede «levantar nuevos paisajes» gracias a su ingenio, a su técnica y perseverancia, bajo los impulsos de la evolución económica, en pos del mejoramiento de su condición social en un mundo trastornado todavía por las gueraas y las revoluciones. Una isla desaparece, una ciudad está transplantándose en las alturas de una colina porque se construye una gigantesca obra hidroeléctrica entre las orillas de un río — testimonio de solidaridad, de cooperación pacífica entre dos países vecinos.

Pero, en su conjunto, la naturaleza queda grandiosa, inquebrantable, firme en sus cimientos telúricos. Y evocando mi último viaje por las «gargantas» del Danubio carpatino, veo cómo — dejando atrás a Orsova y las Puertas de Hierro — reaparecen, en mis recuerdos, las así llamadas «Calderas», los prolongados estrechos, hendiduras a través del tronco de la cordillera arqueada y retorcida que avanza desde los macizos de Tatra en Eslovaquia, hasta las montañas balcánicas.

Siglo tras siglo, el Danubio ha corroído profundamente su lecho rocoso, entre las murallas casi verticales que elevan sus cimas hacia el corazón del cielo. Ahora el río corre bravío, crecido, rápido, como en una arteria hinchada del planeta. Su triunfo parece definitivo, pese a que él está más bien preso de las montañas cuyos peñascos se suceden, a la derecha, a la izquierda — majestuoso desfiladero — como fachadas de palacios geológicos clavados en las entrañas de la tierra y en cuyos vértices se desgarran los oriflamos ondeantes de las nubes.

El barco se arrastra en las Calderas, prudente y a la vez atrevido, larva blanca entre gigantes que se acercan, de un lado y del otro, casi tocándose las frentes, para mirar en el abismo que, por los reflejos de las ondas, parece sin fondo. Otras veces, erguidos, hinchando el pecho, echan hacia atrás la cabeza y sueltan carcajadas; o se acuestan en su sueño de dioses, vecinos de los astros, pero con las piernas acariciadas por las prolongadas olas de la voluptuosidad. Desnudos o vestidos de pieles vegetales, aparecen los unos detrás de los otros. Y a menudo parece que el barco está parado y que ellos los gigantes, oscilan, elásticos, diestros, en un fantasmagórico equilibrio. La pesadez aplastante está anulada por los espejismos del río que toma los colores de las montañas, y por el cielo que en algunos momentos ya no tiene la fascinación del infinito, mostrándose apenas como otro río, corriendo allá arriba, por encima del Danubio, con las olas diáfanos de sus nubes.

Sorprendo las figuras de las montañas. Por inevitable antropomorfismo, ellas tienen expresiones humanas o mitológicas; máscaras apocalípticas, gestos de demiurgos. No presentan esa perspectiva sucesiva, encadenada, en cierto modo cómoda, de las montañas vistas desde una cumbre o desde la

ventanilla del tren, en el fondo de un valle. Contempladas desde la popa, se ocultan, peretrande la una en la otra, como mamparas y los decorados de un escenario; desde la proa, se abren en abanico y avanzan hacia el barco, como inmensos témpanos de hielo flotando en los mares lejanos. Podríamos tocar piedra angulosa o asir algunas hojas de un árbol inclinado sobre las olas. Los estratos muestran sus líneas precisas y, si no fuéramos ignorantes, podríamos leer desde abajo hacia arriba el alfabeto de la creación geológica, desde las erupciones volcánicas hasta los sedimentos marinos, desde los minerales templados en brasa hasta el polvo de la tierra acumulado entre los pliegos de las rocas, donde pueden arraigar los abetos y los enebros. Me parece ver las huellas enormes de las pisadas de dinosaurios y, cuando diviso el vuelo de un águila, me imagino los primitivos pájaros-reptiles saltando de una cumbre a otra por encima del Danubio...

En un recodo, este paisaje — a la vez elemental, terrorífico y encantador — se vuelve más ancho.

La última montaña, a la derecha, se dejó taladrar y tallar por los pigmeos humanos. Un trazado horizontal, algunos metros sobre el nivel del río, señala la carretera con su baranda de piedra, con los vestigios de su tenaz arrastre. En la roca, una lápida con inscripciones en latín y húngaro (ilegibles sin binóculo) glorifica, por supuesto, al Gran Señor que — con las manos de centenares de héroes anónimos — puso la dinamita en el costado de esta montaña. Una torre arruinada, clavada en otra torre natural, y de repente el Danubio se ensancha en otro recodo, centelleante bajo el sol otoñal ya en lo alto del cielo. La brisa suave nos envuelve, vivificante. Los motores, que pocos minutos antes jadeaban en el desfiladero, con sus ecos multiplicados como en un largo y profundo antro sin techo, recobran su canción grave, monótona, de galeotes impersonales. Los viajeros, librados de la opresión de las magníficas montañas con sus bosques seculares y sus peñascos fulminados, se apresuran a bajar al comedor: lo sublime es más soportable con la barriga repleta...

El conformismo de los pueblos pasablemente alimentados y sujetos a las leyes de «protección», hay que descansarlo sobre el trato de esclavitud que reciben los pueblos colonizados. El drama de los países sometidos permite al Estado y a los capitalistas la cosecha de copiosas fortunas, el mantenimiento de nutridas y adictas burocracias, y la concesión de una tartina diaria a los obreros metropolitanos que — ¡ay! — consiguen comer con tranquilidad de conciencia porque la conciencia escasea, porque la regla amoral ha impermeabilizado los sentimientos de los trabajadores degustadores de tartinas.

Vengan esas leyes sociales, esa facundia administrativa a instalarse en la estepa manchega, sin más elemento que el que proporcionan la tierra y el ingenio, sin riquezas extrañas ni indígenas a explotar, y ahí se verá como un momento de sabiduría legislativa se viene al suelo.

En los países tales no se es revolucionario por defecto de educación y en las tierras cuales por ausencia de la misma. El español tipo cañero ha resultado tan negativo como el alemán rollizo, con derecho a disponer de cinco quilos de salchichón por semana. El uno ha sido franquista y el otro hitleriano.

Solo el español que sabe leer el «Don Quijote»... y comprarlo aun a trueque de quedarse a medio comer, ha sabido llegar a Hombre por vía de la Revolución.

J. FERRER

EL TIEMPO EN FICHAS

Calendario y comentarios a cargo de MIGUEL TOLOCHA ⁽¹⁾

(Continuación)

AÑO 205

Está en pleno apogeo la guerra sor-da entre el monoteísmo y el paganismo; éste se marca un tanto al conseguir que se introduzca en Roma el culto a Cibele. Culto que por extravagante ya favoreció la expansión del cristianismo.

Bien calculado lo tuvieron los obispos.

AÑO 235

Termina el periodo de tiranía atroz cuyo tirano se llamaba Alejandro Severo.

SIGLO IV

◆ Parece ser que este año terminó de hacer una especie de código civil, que vino a hacer montón con otros iguales apodados códigos feroces.

Lo curioso del caso es que a los redactores se les llamaba sabios.

De este género de sabiduría aun queda algo, no todo se ha perdido; de aquella clase de ferocidad aun no nos hemos librado totalmente.

Mas, ¡albricias! pues los pueblos de todas las latitudes se van cansando de la justicia de semejantes códigos.

◆ También en el curso de este siglo aparece la utopía de Platón, producto fantástico y ficticio en donde ya sienta sus reales la autoridad y las jerarquías bajo el nombre de Comunismo.

Un comunismo que dividía a los ciudadanos en 4 clases. Una de ellas la de los esclavos.

(1) Agradeceríamos que el lector contribuyera ampliando y multiplicando datos y fichas. — LA REDACCIÓN.

Bienes y mujeres son comunes. Los hijos son atendidos en común, etc. Como aquella idea comunista ha ido progresando, de aquellas 4 clases han hecho una docena. La más encoquetada se compone de camaradas dirigentes y de camaradas mariscales; la más pobre de camaradas a secas. Pero, todos son comunistas.

◆ Otros comunistas.

Comunistas fueron, o por comunistas pasan de un tiempo a esta parte, hombres del IV Siglo como San Jerónimo, San Basilio, San Crisostomo, San Gregorio de Niza, San Ambrosio, etc.

AÑO 374

Otro individuo sobresaliente lo fue Manés, presunto maestro espiritual de los vaudos, descendientes de los cuales se dice que son los cataros.

Manés fue desollado vivo por orden del papa.

¡Qué suerte ha tenido el abad de Montserrat llamado Escarré! Claro, en el siglo XX hubiese sido mal visto que el papa ordenara desollar vivo a un protestatario salido de su redil, por eso Escarré ha sido desterrado y no degollado; en ambos casos obedeciendo a la Biblia.

AÑO 470

Otro predicador de comunismos tuvimos con Mazdak.

Como los poderosos no admitieron ser desconsiderados, provocaron disturbios grandes tras los cuales mataron a Mazdak y a miles de sus partidarios. Otros disturbios conocemos que han sido utilizados para el mismo enemigo para eliminar hombres:

Después de los disturbios de Barcelona en 1909 la reacción, la misma que mató a Mazdak, mató a Ferrer Guardia. Después de los disturbios de Barcelona el mismo enemigo, el mismo instinto bestial que ya mató a Mazdak y a Ferrer, mató a Berneri, a Barbieri, a Martínez, etc., etc.

AÑO 542

Se declara la peste en Constantinopla.

Por ley de causa y efecto la peste física es fruto de la guerra y a su vez es consecuencia de la peste moral dominante.

SIGLO VI

En auge el neoplatonismo hasta este Siglo VI, en esta fecha marca un declive.

El neoplatonismo supuso una esperanza equivalente a la despertada el año 1917 por el soviétismo ruso.

Una y otra esperanzas han muerto ya desesperadamente.

Este Siglo VI fue un tiempo de gran silencio.

Ni fue el primero ni sería el último.

Aun ahora para muchos esa es la ley hecha sistema.

Cuando del que manda surge un ja callar se ha dicho!, o se calla o armamos un fregao que solo los hombres del 1936 saben lo caro que cuesta.

SIGLO VII

Se dice que es el Siglo en donde ya se pone en práctica la teoría de «la toma del montón».

Parece que el inspirador mayor fue San Gregorio, quien decía: la tierra es cosa común a todos los hombres.

Un cronista de la época relata: para vivir mejor consumen y producen en común. Cada uno toma según sus necesidades y produce según sus medios.

Desde luego, cosa paprecida encontramos en Hechos de los Apóstoles de la Biblia.

Durante este siglo séptimo hubo también tanteos parciales para establecer un reglamento de trabajo basado en las 8 horas por día.

(Continuará.)

Detractores del anarquismo de ayer y de hoy

por F. Alvarez Ferreras

(Continuación)

LOS trabajadores han quebrantado los obstáculos que los Códigos burgueses de Napoleón le habían aportado al derecho de coalición. Los sindicatos toman poco a poco el camino de las antiguas corporaciones. Las sociedades de socorros mutuos se han multiplicado. En todas esas uniones libres, se obedece a un espíritu verdaderamente comunista y se esfuerza por escapar a la autoridad central. Las diferencias son apaciguadas al margen de la acción de la magistratura; una cantidad de contratos se forman y se ejecutan sin que las sanciones sean necesarias. En todas las clases de la sociedad, el movimiento se prosigue. A todos el fardo de la autoridad centralizada se les hace de más en más pesado. Hay igualmente servicios públicos que los individuos se acaparan: «La Cruz Roja», la Asociación inglesa de artillería, la Liga Marítima alemana, etc...

La sociedad futura anarquista se caracteriza por el nacimiento y el desarrollo de una multitud de asociaciones en las que los individuos se unirán según sus aptitudes, sus afinidades, sus necesidades. Los gobiernos y las leyes son inútiles; basta con dejar a los individuos abandonarse a sus instintos de sociabilidad.

Si el instinto de sociabilidad no existiera ya al mayor grado, todas las fuerzas de policía serían impotentes para reprimir los crímenes. La afección es la regla de la naturaleza humana, es el derecho común de la humanidad. La verdadera fuerza social no está en la autoridad, reside esencialmente en dos costumbres inherentes a la constitución psicológica de nuestros semejantes: la restricción voluntaria y el apoyo mutuo. (1).

Es relativamente fácil el desembarazar del farrago de publicaciones anarquistas las ideas madres del sistema. Es la creencia en la bondad natural del hombre, es la convicción que la sociedad actual está organizada artificialmente.

En lo que concierne al capital, los anarquistas han adoptado simplemente la teoría general que se enseña en las escuelas socialistas: toda acumulación de capitales entre las manos de un particular es el producto de un robo.

Es notable que Kropotkin, para explicar el ori-

gen social de la riqueza, se haya dedicado a transcribir páginas admirables de Augusto Comte que no nombraba jamás y cuya influencia le penetra sin embargo de una manera incontestable. El escritor anarquista ha puesto muy bien al día la parte enorme de los antepasados en la fortuna de la sociedad presente.

«A su nacimiento, el niño del hombre civilizado halla hoy a su servicio todo un capital inmenso, acumulado por los que le han precedido... La pretensión de dar un origen individualista a los productos es absolutamente imposible.»

Pero el anarquismo no concibe la solución del problema social fuera de una repartición igualitaria de la riqueza. La averiguación de la igualdad absoluta le parece ser la tendencia predominante de la sociedad moderna. Y va mucho más lejos que el colectivismo y los otros sistemas socialistas, ese ideal de la satisfacción completa de la necesidad del individuo. Del axioma fourierista: «A cada uno según sus necesidades, a cada capacidad según sus obras», no retiene más que la primera parte.

En todos sus estudios, los libertarios se dedican a una crítica acerada de lo que llaman salariado colectivista. Les parece absurdo calcular la hora de trabajo y rechazan enérgicamente la teoría del valor propuesta por Carlos Marx.

«No podemos, dice Kropotkin, pesar la fuerza muscular y la energía cerebral. ¿Por qué el estudiante que pasó felizmente su juventud en la Universidad sería mejor pagado que el minero cuya juventud se ha marchitado en la mina? El médico que se hace pagar mil francos una operación roba al artesano que está pagado diez francos por día y éste último roba a la jornalera cuyo trabajo es pagado diez céntimos.»

El anarquismo llega aún a esta conclusión: «positivista» que el trabajo debe ser, en principio, considerado como gratuito, cada miembro de la sociedad cumpliéndolo trabajando como deber social.

Pero la filosofía libertaria se aleja singularmente de la filosofía positivista en el sentido de que la palabra «deber» es para ella sin ninguna significación.

El anarquismo es un sistema profundamente metafísico porque no examina más que los derechos del individuo. Mira en principio hacia el derecho

a la felicidad. «Hay que poder, dice Eliseo Reclus, asegurar a todos la plena satisfacción de las necesidades y de los goces.» La sociedad está hecha para el individuo. Afirmación que desgraciadamente, no se halla siempre de acuerdo con los hechos.

Las teorías anarquistas serían para el público objeto de curiosidad simpática si la «propaganda por el hecho» no le hubiera inspirado un terror misterioso.

Declarémoslo francamente: es casi imposible hallar en las publicaciones anarquistas una página donde el empleo de la dinamita sea aconsejado como medio de acción.

Los anarquistas conscientes no ven más propaganda racional que la educación de la masa. Comprenden admirablemente que las violencias tienen por efecto hacer retroceder a sus ideas. Están convencidos de esta verdad histórica, que «el desarrollo de una secta se halla en razón directa con las persecuciones de que ella es objeto.»

La filosofía anarquista excusa a la dinamita, la justifica, pero no la aconseja.

Sin duda, la escuela americana de John Most ha preconizado la dinamita como un medio para terminar con las iniquidades sociales. Pero esta doctrina es repudiada por la casi totalidad del partido anarquista y posee muy pocos adherentes.

Kropotkin ha hecho remarcar, no sin razón, que los regicidas no eran siempre anarquistas y que había habido regicidios antes de la difusión de los sistemas libertarios.

Los nihilistas rusos son simples demócratas; Hoedel y Nobiling eran republicanos; Passanante, el asesino del rey de Italia, era un mazziniano religioso. Los nacionalistas irlandeses que han cometido atentados atroces veían al socialismo como un horror.

Es indispensable, por otro lado, notar que aparte de muy raras excepciones, los anarquistas que han hecho recurso a la violencia no eran violentos. La prensa americana fue unánime para rendir homenaje al carácter del famoso anarquista Pearsons, que fue colgado en Chicago. Pearsons fue a entregarse él mismo a la policía para sufrir la misma suerte que sus camaradas. Proclamó en su defensa que «la dinamita era la pacificadora, la mejor y la suprema amiga del hombre.» (1)

Conviene colocar al anarquista dinamitero en la categoría de esos semi-locos que Maudley y Lombroso han denominado «la zona medianera».

Antaño, Torquemada, cuando enviaba un hereje a la hoguera, no podía impedir verter sus lágrimas. Se hallaba en realidad, en completa dulzura y ternura. Lo hacía por el bien del individuo y por el de la humanidad. Siempre se encontrarán entre los hombres meros cirujanos sociales que querrán redimir a la humanidad con cortes de bisturí.

Se han hallado anarquistas que han intentado popularizar sus doctrinas por medios brutales. Han fundado colonias comunistas. ¡Ay!, de todos los ensayos intentados en América y en Europa, desde

hace cincuenta años, no ha habido uno solo del cual podamos decir que ha dado resultados satisfactorios (2). Francamente, para emplear la expresión del anarquista cristiano Georges Herron, la Tierra no está aún dispuesta para «subir al Cielo por las puertas flamantes de la Igualdad.»

Mi intención en este estudio ha sido el exponer, no el criticar.

Mi mentalidad no me permite adoptar, sino concebir los sistemas colectivistas que comprimen a los hombres en lazo de acero... El cuartel del señor Julio Guesde me horroriza, pero se me asemeja desgraciadamente en las posibilidades del porvenir. Es una experiencia que podrá intentar la humanidad y temo que ella no se prime (1).

No deja de ser cierto sin embargo que el conjunto de la filosofía libertaria debe ser examinado por nosotros como una manifestación notable del espíritu humano. Nada debe de escapar al sociólogo y el «político» no debe perder de vista ese hecho que casi todos los sindicatos obreros están en la hora actual conducidos mucho más por el ideal anarquista que por el ideal colectivista.

La observación más práctica que surge de los trabajos de la Escuela de Kropotkin es que la sociedad presente tiene tendencia hacia un régimen de asociaciones libres. Bajo este aspecto, las ideas de Kropotkin no están muy lejos de las del señor Deschanel.

Sé que es muy difícil examinar las «tendencias» de una época. No somos hoy más fuertes en sociología que en meteorología y no hemos sobrepasado la era de las soluciones empíricas.

En una serie de hechos donde el Sr. Jaurès ve una evolución hacia la propiedad colectiva, divisamos, bajo el efecto del Código civil, una división de la propiedad individual.

Carlos Marx concluye que el progreso está en el camino del colectivismo; Laveleye establece que el colectivismo está en la barbarie primitiva y que el progreso consiste en desembarazarse.

Sin embargo, nuestro escepticismo no puede ir hasta negar la multiplicación extraordinaria de las agrupaciones mutualistas en este principio de siglo. Nos hallamos un tanto asustados del duro impuesto que nosotros, burgueses, estamos pagando despiadadamente en calidad de «miembros honorarios».

Se ve por otra parte, que vamos hacia un renacimiento de las corporaciones de oficios. La mayor parte de los síntomas anotados por Kropotkin son exactos.

¿Todas esas uniones están dirigidas, todas ellas, en efecto, por los individuos contra el Estado? Es como para creerlo porque la mayor parte considera al Estado como una vaca de leche.

Puede uno creer que esas asociaciones realizarán «la mayor libertad del individuo?» ¡Ay!, temo que no. No habiendo tenido, como Cagliostro, la suerte de haber vivido en el siglo XVII, no sé cómo se pasaban las cosas en las Guildas. Pero es seguro

que la libertad del individuo se hallaba singularmente limitada por una cantidad de reglamentos draconianos. Cuando pienso que en régimen corporativo, un desgraciado zapatero no podía reparar más de dos quintas partes de un zapato sin arriesgar un proceso del jefe de la corporación de zapateros, el paraíso terrestre de la Guilda me parece estar cerca del purgatorio.

Hecha esta reserva, me gusta ver a un gran espíritu tal que Kropotkin esforzarse por rehabilitar la Edad Media. Ha proyectado en esas tinieblas una vida luminosa, hay que agradecerle sin olvidar lo que debemos en parte a Augusto Comte.

El positivismo está verdaderamente de moda. Es una mina inagotable en la que todas las doctrinas hallan materiales. Únicamente que si él ha abastecido a los teóricos de la anarquía ciertas opiniones de las que han sacado su provecho, conviene reconocer que tranca la ruta a todo lo que existe como conjetural y metafísica en las utopías sociales.

Juan Grave ha escrito en alguna parte: «Nosotros, anarquistas, sabemos la frase del enigma.» Esta palabra es la condenación del sistema. ¡Ay!, no, Juan Grave, nadie conoce la frase del enigma, lo mismo el católico que el libre pensador, lo mismo el monista que el positivista, lo mismo el materialista que el espiritualista. Caminamos a ciegas hacia alguna cosa mejor. Pero somos igualmente más fuertes contra nuestro miserable medio cuanto mejor conocemos nuestra debilidad.

Luego toda doctrina que se apoya en la perfección humana está condenada por adelantado. Desanima a sus adeptos a las primeras dificultades, y todas las tentativas de puesta en práctica no pueden llegar más que a reacciones dolorosas.

No se puede creer en una regeneración rápida y absoluta del primado superior: está atado a una cadena sólida y no puede moverse más que en la longitud de la ligadura.

No puede progresar más que en el límite de su naturaleza. Y no podría terminar mejor que por una citación del excelente entomólogo Fabre, que asestó rudos golpes al transformismo:

«Hombres e insectos somos todos la efigie de un prototipo inmutable; las condiciones cambiantes de la vida nos modifican un poco en superficie, en la armadura, jamás. El cardenillo de los siglos altera las medallas cubriéndolas con una pátina, pero la efigie, a la leyenda primera, ella no puede substituir a otra.» — M. A.

La exposición del diputado Mauricio Ajam ha sido un poco extensa pero interesante en sí por ser vieja de 63 años y porque a pesar de todo se manifiesta con cierta sinceridad que escasea en muchos intelectuales y escritores de la hora actual, época del átomo y de descubrimientos espaciales fantásticos.

Es verdad que desde 1906, muchos acontecimientos se han sucedido entre los que se destacan principalmente la Guerra del 14-18, la Revolución rusa,

la Revolución española de 1936-1939 y la dominación nazi de 1939-1945. Los anarquistas han tenido razón, lo que ellos predijeron ha sucedido exactamente. El dolor universal no ha cesado de dominar en la sociedad de hoy como igualmente dominó en la sociedad de ayer. Guerras de exterminio al Este y al Oeste, al Norte y al Sur; hambre en la India, América Latina, China, Vietnam, Biafra, etc. Por doquier la desolación física y moral abunda. ¿Dónde existen los días de sol de que nos habla Mauricio Ajam para los explotados y para los humanos? ¿Días de sol para los proletarios esclavizados por las innumerables horas de labor diarias que los extenua y salarios míseros que apenas les permite abastecer al organismo un número de calorías que muy escasamente sobrepasan las 2.500? Si el hombre fuera malo hace años que hubiera terminado con su triste suerte suicidándose o pegando fuego al sistema de explotación que nos rige. Desearíamos nosotros los anarquistas que los hombres no fueran malos, pero mucho más rebeldes, para terminar rápidamente con todas las instituciones capitalistas y gubernamentales que administran nuestra sociedad en la que los unos todo lo poseen y disfrutan sin aportar ningún esfuerzo a la colectividad humana mientras que los otros todo lo aportan sin disfrute ni posesión ninguna, y es más, sufren privaciones de toda índole.

En cuanto al halcón que desaparece cerca de los pantanos en donde el pato prospera, igualmente deberían desaparecer los parásitos que viven del sudor ajeno y muy especialmente del sudor del productor manual e intelectual. Pediría igualmente de los obreros que se unieran como la banda de pájaros que desafían al gavilán para que igualmente ellos pudieran desafiar sin temor a sus explotadores, obligándolos a trabajar como todo el mundo para ganar su sustento. Y si el león existe en estado único de recuerdo en las mesetas donde abundan las hormigas, hacemos votos para que a todos los dictadores asesinos de pueblos nobles y honrados les ocurra como al león de Mauricio Ajam, pues es seguro que los mártires y sacrificados gozarían de otras alternativas mucho más pacíficas y amorosas.

¿Que las ocho horas de trabajo diarias ya se realizaban en las minas imperiales de Alemania y hechas obligatorias por una ordenanza de Fernando 1º? Muy posible. Pero ellas fueron implantadas universalmente por el sacrificio de los anarquistas mártires colgados en Chicago en 1887, y otros después...

Mauricio Ajam no podía esperarse el ver implantadas en el mundo esas utopías de que nos habla y entre las cuales el anarquismo para él era una de las difíciles en soñar. Sin embargo, las utopías de ayer van siendo realidades hoy en casi todos los campos y muy especialmente en sociología y ciencia espacial. Las mayores de este siglo no cabe ninguna duda de que han sido en el campo social la Revolución rusa, traicionada posteriormente por el partido bolchevique por medio de la «dictadura del proletariado», tan soñada y deseada por el autoritario filósofo Carlos Marx y acentuada más tarde por el hombre llamado de «acero», Stalin. La Revo-

lución española, la más firme demostración de la capacidad de los pueblos a regirse por ellos mismos, sin necesidad ninguna del Estado y de sus instituciones y las colectividades aragonesas desarrolladas en momentos muy pésimos y anormales para ellas son el ejemplo más patente y la demostración más viva de la vitalidad del anarquismo. Esas utopías sociales y otras de más o menos alcance en la historia de la humanidad, son más que suficientes para deshacer todos los puntos de vista de nuestros detractores, y si nos basamos en la ciencia, tan perseguida por todas las religiones que a tantos sabios asesinó vilmente, entre los que se destacan Giordano Bruno, Galileo Galilei, Miguel Servet y Francisco Ferrer Guardia, la Luna, la circulación de la sangre y la enseñanza fuera de toda dominación eclesiástica es hoy ya un hecho muy palpable. Kropotkin es el sabio de la historia, es el anarquista que mejor comprendió la situación desoladora y triste de nuestra sociedad egoísta regida por ávidas uridades humanas. Pedro Kropotkin va teniendo razón: y es a quien la historia humana de los pueblos deberá rendirle tributo, como sabio y como hombre. El anarquismo que predicó va dando sus frutos y ellos han de suministrar a los hombres de hoy y de mañana la esperanza de una vida mejor y más humana, libre y armónica.

La sociedad moribunda va cediendo paso a la anarquía y Juan Grave supo escribir muy bien ese gran pensamiento que tanto le dignificó. Sobre su obra «La sociedad moribunda y la anarquía», Paul Adam dijo: «que hubiera sido muy feliz de haber escrito ese libro», y Georges Clemenceau dijo igualmente: «Este libro acabo de leerlo y mi juicio sobre el escritor no difiere sensiblemente del de Mirbeau. La lengua es sencilla, clara y fuerte a la vez. La potencia de crítica es francamente terrible. Que todos los que viven de ideas recientemente hechas, recibidas de la multitud, que se priven de abrir un tal libro. No puede chocarles violentamente si: hacer surgir en ellos la mínima claridad, por falta de elementos apropiados. Al contrario, para ésos que piensan por ellos mismos, que tienen ideas propias — sean cuales fueren — que no teman someter a la más despiadada crítica, a la revisión más radical, sus principios — todos los principios — sus doctrinas — todas las doctrinas —; este libre es bueno, porque hace pensar.»

En efecto, dijo Juan Grave: «¿qué es el sufragio universal sino el derecho, para los gobernados, de escoger a sus amos; el derecho de escoger las vergas que deberán azotarlos? El elector es soberano... para escoger a su amo, pero no tiene el derecho de no quererle, pues el que los vecinos hayan escogido será el suyo. Desde el momento que ha depositado su papeleta de voto en la urna, ha firmado su abdicación, no le queda más que el inclinarse a los caprichos de los amos que ha escogido; ellos harán las leyes, se las aplicarán y lo enviarán a la cárcel si las viola.»

El anarquismo es la fuente más pura de todo socialismo; el autoritario, ya nos lo dijo Max Nettlau, «no puede madurar y quédase conderado a gastarse al fin de las guerras en condiciones poco

eugénicas, como la Comuna de 1871, la Revolución rusa de 1917, las acciones socialistas muertas al nacer en Alemania, Hungría, Finlandia, el Cáucaso, etc., de 1918-1919.» (1).

El gran escritor galo, Sebastián Faure, nos muestra por su obra humana «El dolor universal», que todos los hombres sufren, cualquiera que sea su condición social, mucho más que lo que sería natural sufrir porque la sociedad está acaparada por hombres ávidos de poder y de dominio sobre los demás. Los anarquistas queremos, si, transformar la sociedad actual por una sociedad equitativa donde todos los seres humanos sean iguales, en donde no haya ricos ni pobres, vagos y trabajadores, pero donde todo el mundo dé, cada cuál según sus fuerzas y reciba cada uno según sus necesidades», y para ello proclamamos la revolución social; esa revolución que tanto miedo produce y que sin embargo no se ha aprendido en la historia que todo progreso humano está trazado por un surco sangriento, y que tanto en el campo político como en el científico fueron siempre minorías rebeldes las que alzaron la bandera de la verdad y en torno de la cual cayeron combatiendo o triunfaron, arrasando tras ellas las mayorías inconscientes (2). Los anarquistas aspiramos «a la libertad económica con todos sus derivados políticos, morales y sociales, para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo del universo de paz, de felicidad, de amor y de historia» (3). «Cuando cada persona viva de lo suyo, en el trabajo y en la riqueza, se suprimirán las denominaciones de castas y privilegios, de ricos y pobres; de tiranos y esclavos...» la desigualdad, en una palabra.» (4)

Si Mauricio Ajam hubiera tenido la suerte de haber leído a Kropotkin en su genial obra «Ética», que fue su canto del cisne, no se hubiera atrevido a decir que este sabio no honora a Augusto Comte por su «Positivismo» y otros pensamientos. En su obra monumental, ya citada más arriba, página 271, dice este escritor anarquista:

«Junto con el desarrollo de la nueva ciencia nació en Francia, alrededor de 1830, la nueva filosofía conocida con el nombre de «Positivismo». El fundador de ella fue Augusto Comte.

«Augusto Comte comprendió la necesidad de reunir todas las adquisiciones y las conquistas del pensamiento científico. Se propuso sistematizar todas las ciencias en un conjunto armonioso y mostrar la dependencia mutua y estrecha de todos los fenómenos de la naturaleza, su base común y las leyes generales de su desarrollo. Al mismo tiempo, Comte sentó las bases de nuevas ciencias como la Biología, la Antropología y la Sociología. Sometiendo la vida de todos los seres vivos a las mismas leyes, Comte señaló que para comprender la vida de las comunidades humanas primitivas es necesario comenzar investigando las sociedades animales. Al tratar de los conceptos morales del hombre, Comte señaló además la importancia de los instintos sociales.»

Y continúa Kropotkin: «La esencia del positivismo está en el saber real que consiste, según Comte,

en la previsión. «Savoir, c'est prévoir» y la previsión es necesaria para aumentar el poder del hombre sobre la naturaleza, para acrecentar el bienestar de la humanidad. Del mundo de los sueños y de las concepciones fantásticas, Comte invitó a los sabios a bajar a la tierra, a ir hasta los hombres que sufren y aspiran a una vida mejor, que quieren conocer la naturaleza y utilizar sus fuerzas, que desean emancipar al hombre y hacer su trabajo más productivo. Al mismo tiempo aspiró a emancipar al hombre de las cadenas del temor religioso ante la naturaleza y sus fuerzas y quiso encontrar las bases de la vida de la personalidad libre dentro de la sociedad basada en un contrato libremente aceptado.»

¿Se podrá decir después de haber leído este capítulo, después de tomar nota de lo enunciado anteriormente que Kropotkin no supo o no quiso poner en el lugar que le correspondía, como filósofo y como pensador, a Augusto Comte?

Somos antiautoritarios porque todo autoritario es en sí un tirano, un verdugo de su pueblo. «Pobres y miserables pueblos insensatos, naciones obstinadas en vuestro mal y ciegas para vuestro bien, que os dejáis quitar de delante lo más bello y limpio de vuestra renta y que dejáis saquear vuestros campos, robar vuestras casas y despojarlas de los muebles antiguos, de vuestros padres! Vivís de tal modo que no os podéis jactar de que nada sea vuestro y parecería que fuera gran suerte para vosotros el compartir por mitades vuestros bienes, vuestras familias y vuestras vidas. Y todo este estrago, esta desdicha, esta ruina os vienen, no de vuestros enemigos, pero sí, ciertamente, del enemigo, de aquél a quien vosotros hacéis tan grande como es, por quien marcháis tan valientemente a la guerra, por cuya grandeza no rehusáis exponer vuestras personas a la muerte. El que tanto os domina no tiene más que dos ojos, no tiene más que dos manos, no tiene más que un cuerpo, y no tiene nada más que no tenga el hombre más humilde de entre el grande e infinito número de los que habitan vuestras ciudades, a no ser la ventaja que vosotros le concedéis para que os destruya. ¿De dónde ha sacado tantos ojos con que os espía, si vosotros no se los distéis? ¿Cómo tiene tantas manos para golpearos, si no las toma de vosotros? Los pies con que pisotea vuestras ciudades ¿de dónde los saca, si no de los vuestros? ¿Cómo se atrevería a convocaros a la guerra si no estuviera de acuerdo con vosotros? ¿Qué os podría hacer, si no fueráis encubridores del ladrón que os saquea, cómplices del asesino que os mata y traidores a vosotros mismos? Sembráis vuestros frutos para que él los consuma; amuebláis y llenáis vuestras casas para dar materia a sus pillajes; criáis a vuestras hijas para que él pueda satisfacer su lujuria; criáis a vuestros hijos para que en el mejor de los casos, los lleve a sus guerras, los conduzca a la carnicería, los haga ministros de su codicia y ejecutores de sus venganzas; quebráis vuestras personas en el trabajo para que él pueda complacerse en sus delicias y revolcarse en sucios y bajos placeres; os debilitáis para hacerlo más fuerte, más duro en

teneros corta la rienda; y de tantas indignidades que las mismas bestias no podrían sentir o no aguantarían, podéis libraros si tratáis no ya de libraros sino solamente de querer hacerlo. Resolvedos a no servir más y he ahí que ya sois libres. No quiero que lo empujéis o lo tiréis por tierra, sino sólo que no lo sostengáis, y lo veréis, como a **un gran coloso a quién se le ha sustraído la base, caer por su propio peso y romperse**» (1).

El anarquismo fue quien inspiró a las masas a rebelarse contra los poderes. El anarquismo ha sido y es quien sacrificó y sacrifica todo lo que posee por el bienestar común y por la igualdad social y cultural de todos los hombres. Por ser defensores abnegados y sinceros de la libertad absoluta y de la equidad más amplia, se les persigue más que a nadie y se les encarcela más que a ningún otro pensamiento social, con violencia, condenándolos, cuando no se les asesina. La Primera Internacional, obra principalmente de los anarquistas, cumplió con su deber como organización de emancipación proletaria y el capitalismo voraz y feroz no se lo perdonó nunca ni se lo perdona: «Una de las primeras decisiones tomadas por la autoridad militar para reprimir la huelga general, fue la de decretar la detención y el exilio sobre tierras extrañas de 70 obreros (cuyos nombres son ignorados), sin juicio prealable y sin ninguna posibilidad de defensa. Ordenes de arresto fueron lanzadas contra P. Barba y R. Maseras, que eran respectivamente presidente y secretario de la «Junta», en el momento que se desencadenó la huelga. La persecución no se limitó a un ataque contra la integridad física de personas que, en los casos mencionados, tuvieron que refugiarse en Londres y en París, pero consistió todavía en alcanzar a la reputación de esos mismos dirigentes, Pablo Barba fue acusado de haber huido con los fondos de la sociedad obrera a la que pertenecía (tejidos mecánicos). El y Maseras tuvieron que defenderse contra la calumnia de haber hecho el juego de los «carlistas» (5). «La Anarquía», artículo publicado en la Federación el 7 de febrero de 1872 precisa: «La Anarquía no excluye de ninguna manera la idea de organización. Lo que excluye, es puramente y simplemente todo poder autoritario». Viñas declara en el Congreso de Ginebra en 1873: «Anarquía quiere decir organización del orden económico y negación de la autoridad política», en el término indicado en los periódicos de esa época donde la fascinación de una organización que fuera el germen de la sociedad del porvenir es la más fuerte: «La Internacional lleva en ella el germen de todas las instituciones del porvenir». La fórmula que mejor haya expresado sus sentimientos ha sido la frase de Eliseo Reclus: «La anarquía es la más alta expresión del orden» (6).

Para terminar diremos que nuestros detractores se asemejan al plato de Esopo, tienen lengua pero el cuerpo carnoso de la misma les impide articular con corrección y quizás sea que de ahí provenga el mal hablar, incorrección y errores notables que cometen al intentar relatar convicciones sociales que han andado ya mucho camino y que por consecuencia su endurecimiento calloso las inmuniza de to-

dos los ataques de enemigos declarados o por declarar.

Julio de 1969.

(1) Una sola escuela anarquista, la del americano Tucker no posee el comunismo por ideal. Tucker parece ser un Proudhoniano puro.

(1) «La Conquista del pan», páginas 2 y 4.

(2) S. Faure. «El Dolor Universal», p. 67.

(3) Juan Grave. «La Sociedad moribunda y la anarquía», p. 17.

(4) «El Dolor Universal», p. 131.

(5) «La Conquista del pan», p. 53.

(6) «El Dolor Universal», p. 184.

(7) «El Dolor Universal», p. 77 y 89.

(1) Ver «La Conquista del pan», p. 122.

(2) «La Sociedad moribunda y la anarquía», p. 3.

(3) Stoen ed., 1906.

(1) Ver Edmundo Perrier. «Las Colonias animales; el prefacio de «La inteligencia de los animales», de Romanes.

(1) «El Apoyo mutuo», p. 98.

(2) En un texto, Kropotkin justifica el salvajismo del canibalismo diciendo que fue durante la época glacial, una necesidad para evitar el escorbuto (página 115). Más tarde, el canibalismo advino un rito religioso.

(1) «El Apoyo mutuo», páginas 187, 196, 208, 210.

(1) Me he inspirado para hacer este resumen de la teoría anarquista en los trabajos de Bakunin, de Juan Grave, de Sebastián Faure, de Eliseo Reclus y de Ha-

mon. Toda vez, es Kropotkin quien me parece haber expuesto mejor el sistema. (V. «La Conquista del pan», páginas 150 y continuación, 175 y con. «La Anarquía, su filosofía», páginas 29 y continuación).

(1) Citado por «La Era Nueva», revista libertaria publicada por el anarquista E. Armand. (Nº de abril 1906).

(2) No conozco en absoluto en Francia más que la comunidad de Vaulx (Aisne). Ella comprende una media docena de camaradas. En 1905, una comunidad del mismo género se estableció en Stockel-Bois (Bélgica). Ignoro lo que advino.

(1) Aconsejo a mis lectores abrir «La Conquista del pan» a la página 24. Hallarán un tablero de una ironía flamante indicando lo que será la Revolución colectivista. Los anarquistas declaran sinceramente que ellos serán los primeros fusilados.

(1) «La Paz Mundial» de Max Nettlau, Ed. Humanidad, Montevideo 1950.

(2) «La Anarquía ante los tribunales», de Pedro Gori, Ediciones «Tierra y Libertad», México 1947.

(3) «Crítica anarquista de la sociedad actual», de José Oiticica, Ediciones «Cenit» 1956.

(4) «El Botón de fuego», de José López Montenegro, Buenos Aires, B. Fueyo, Editor, Azcuernaga 16.

(5) «La Primera Internacional», Ediciones del Centro Nacional de Investigación Científica, 15, Quai Anatole France, Paris (VII). 1968.

(6) Idem.

(1) «Discurso sobre la servidumbre voluntaria», de Esteban de la Boötie, Grupo Editor de Estudios Sociales, Rosario.

FIN



POETAS DE AYER Y DE HOY

Ya que no baja el ángel

Sabemos todos, hijos, como marchan las cosas;
que ya no baja el ángel con su mensaje inútil.
(No hay buenas voluntades que escuchen la lla-
[mada.]

Hay slogans, discursos, megatones, satélites
y planes altruistas de ayuda y desarrollo
para los desgraciados de todos los colores
mientras el twist frenético coctelea la sangre.

El niño espera en vano, suavísimo — desnudo,
que vayan a adorarle los pastores de ovejas
(no suyas); los eternos pobrecitos del mundo
ha tiempo devoraron la escasa miel, el queso
que les fue concedido, hasta la última gota,
royendo las cortezas, royendo hasta las manos
con que antes ofrecieron sus dones inocentes.

(Acudieron los Reyes, eso sí, porque es buena
política ir a Dios con oro, incienso y mirra
mientras la altiva frente conserve su corona.)

Pero el Ángel no baja, ya lo he dicho, no quiere.,
La Estrella tiene miedo de los jets y missiles.
Sabemos que los Grandes están en conferencia;
y que, entre vodka y whisky, se comen la Paloma.

Mas yo, pisando tierra, junto al resbaladizo
brocal que cerca el pozo de mi vejez tozuda,
os llamo y os convido a un vaso de esperanza.

No preguntéis de dónde, de qué lugar o cepa
llegó el ardiente vino. Bebed. Acaso todo
lo que no es muerte a secas, es sólo poesía.

Bebed. Mil novecientos sesenta y dos trabajos
pasaron como tropa de indómitos corceles,
sobre la patria donde los muertos se levantan
uno a uno, y aprenden de nuevo a estar erguidos.

Bebed. Mil novecientos sesenta y tres trabajos
de nuevo nos aguardan a ellos y a nosotros.
Aún no hemos terminado; España no termina
cuando un año se acaba; sigamos en el surco;
sembremos y esperemos que llegue la cosecha,
porque, pueblo mediante, se llenará el granero;
porque vivir ya es algo si el corazón aguanta.

Bebed, pues, este vino, y España con nosotros.

Angela FIGUERA AYMERICH

La que no debe el papel